

SIGMUND FREUD

Esquema del Psicoanálisis

Biblioteca Psicologías del Siglo xx

PAIDOS

En el último año de su vida, SIGMUND FREUD acomete la sumamente ardua tarea de redactar su testamento científico; de resumir, de un modo breve y claro, todo lo medular de su teoría del psicoanálisis, expuesta a lo largo de medio siglo de investigaciones en cerca de veinte volúmenes. Pero el resultado —este *Esquema del Psicoanálisis*— no sólo constituye un breviario, un condensado resumen de lo sabido: representa la última y ya muy pulida expresión del pensamiento del sabio, más y más afinado al correr de los años, ofrecido al estudioso en forma rigurosa y magistral, en capítulos densos y cristalinos sobre cada tópico de la teoría. Aunque el trabajo ha quedado inconcluso, interrumpido hacia su final por la muerte de FREUD, felizmente todo lo esencial de esta extraordinaria mirada de despedida sobre su obra, queda definitivamente registrado.

La editorial Paidós se complace en presentar a los lectores de lengua castellana la segunda edición de esta obra destinada a integrar toda biblioteca de psicoanálisis y de ciencias del hombre.

**ESQUEMA
DEL
PSICOANÁLISIS**

BIBLIOTECA PSICOLOGIAS DEL SIGLO XX

Volumen 1

J. B. WATSON

EL CONDUCTISMO

J. B. WATSON y W. McDOUGALL
LA BATALLA DEL CONDUCTISMO

Volumen 2

W. STERN

PSICOLOGIA GENERAL

Desde el punto de vista personalístico

Volumen 3

K. KOFFKA

PRINCIPIOS DE PSICOLOGIA DE LA FORMA

Volumen 4

A. ADLER

PRACTICA Y TEORIA DE LA PSICOLOGIA DEL INDIVIDUO

Volumen 5

W. BECHTEREV

LA PSICOLOGIA OBJETIVA

Volumen 6

E. HEIDBREDER

PSICOLOGIAS DEL SIGLO XX

Volumen 7

W. KOHLER

DINAMICA EN PSICOLOGIA

Volumen 8

J. BLEGER

PSICOANALISIS Y DIALECTICA MATERIALISTA

Volumen 9

C. A. SEGUIN

EXISTENCIALISMO Y PSIQUIATRIA Psicología, Psicopatología, Psicoterapia

Volumen 10

RONALD FLETCHER

EL INSTINTO EN EL HOMBRE

Volumen 11

L. KLAGES

ESENCIA DE LA CONCIENCIA

Volumen 12

K. GOLDSTEIN

LA NATURALEZA HUMANA A LA LUZ DE LA PSICOPATOLOGIA

Volumen 13

I. PROGOFF

LA PSICOLOGIA DE C. G. JUNG Y SU SIGNIFICACION SOCIAL

Volumen 14

G. RYLE

EL CONCEPTO DEL ESPIRITU

Volumen 15

J. D. SUTHERLAND, D. W. WINNICOTT
y otros

EL PSICOANALISIS Y EL PENSAMIENTO CONTEMPORANEO

Volumen 16

S. AKHILANANDA

PSICOLOGIA HINDU

Volumen 17

IGOR A. CARUSO

PSICOANALISIS DIALECTICO

Volumen 18

H. M. RUITENBECK

PSICOANALISIS Y FILOSOFIA EXISTENCIAL

Volumen 19

P. RIEFF

FREUD - LA MENTE DE UN MORALISTA

Volumen 20

SIGMUND FREUD

ESQUEMA DEL PSICOANALISIS

VOLUMEN

20

SIGMUND FREUD

ESQUEMA
DEL
PSICOANÁLISIS

Traducción directa del alemán

Ludovico Rosenthal

PUBLICACIÓN AUSPICIADA Y
SUPERVISADA POR LA ASOCIACIÓN
PSICOANALÍTICA ARGENTINA



EDITORIAL PAIDÓS
Buenos Aires

Título del original alemán
ABRISS DER PSYCHOANALYSE

Copyright de todas las ediciones en castellano by
EDITORIAL PAIDÓS

1ª edición, Editorial Nova, 1952.

2ª edición, Editorial Paidós, 1966.



Queda hecho el depósito que previene la ley N° 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA

PRINTED IN ARGENTINA

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

NATURALEZA DE LO PSÍQUICO

CAPÍTULO	PÁG.
I. El aparato psíquico	11
II. Teoría de los instintos	15
III. Desarrollo de la función sexual	20
IV. Las cualidades psíquicas	26
V. Aclaraciones a la interpretación de los sueños . .	37

SEGUNDA PARTE

APLICACIONES PRÁCTICAS

VI. La técnica psicoanalítica	51
VII. Una muestra de la labor psicoanalítica	67

TERCERA PARTE

BENEFICIOS TEÓRICOS

VIII. El aparato psíquico y el mundo exterior	87
IX. El mundo interior	102

NOTICIA

Freud comenzó su Abriss der Psychoanalyse en julio de 1938, dejándolo inconcluso. En la parte III su texto se interrumpe sin indicar hasta dónde y en qué sentido proponíase continuarlo. En contraste con el resto del manuscrito, el capítulo III quedó anotado sumariamente y con numerosas palabras reducidas a abreviaturas. Los editores ingleses completaron las sentencias fragmentarias. El título de la parte I procede de una versión posterior (octubre de 1938). El trabajo se publicó originalmente en la "Internationale Zeitschrift fuer Psychoanalyse und Imago", vol. XXV, 1940, 1ª entrega. La presente traducción castellana ha sido tomada del texto alemán reproducido en la última edición de las obras completas de Sigmund Freud, impresa en Inglaterra: Gesammelte Werke, t. XVII. Imago Publishing Co., Ltda., Londres, 1941.

PRIMERA PARTE

NATURALEZA DE LO PSIQUICO

CAPÍTULO I

EL APARATO PSÍQUICO

El psicoanálisis establece una premisa básica cuya discusión concierne al pensamiento filosófico y cuya justificación se halla en sus propios resultados. Dos son las nociones que tenemos respecto a lo que hemos dado en llamar nuestro psiquismo (vida anímica): por un lado, el órgano somático que le sirve de escena: el cerebro (sistema nervioso); por el otro, nuestros actos de consciencia dados en forma inmediata y que ninguna descripción podría aproximarnos más. Ignoramos cuánto se halla entre ambos; no hay relación directa entre esos dos términos finales de nuestro conocimiento. Si la hubiera, a lo sumo nos ofrecería una localización exacta de los procesos de consciencia, sin contribuir a su comprensión.

Los dos supuestos mencionados arrancan de estos términos o principios de nuestro conocimiento. El primero concierne a la localización. Suponemos que la

vida psíquica es función de un aparato al que atribuímos extensión espacial y composición de varias partes, o sea nos lo imaginamos a semejanza de un telescopio, un microscopio o algo parecido. No obstante ciertos intentos anteriores, la elaboración consecuente de semejante hipótesis es una novedad científica.

Hemos llegado a conocer este aparato psíquico estudiando la evolución individual del ser humano. A la más antigua de estas provincias o instancias psíquicas, le llamamos *ello*; su contenido es todo lo heredado, lo congénitamente dado, lo constitucionalmente establecido; es decir, ante todo, los instintos surgidos de la organización somática, que hallan aquí una primera expresión psíquica cuyas formas ignoramos¹.

Bajo el influjo del mundo exterior real que nos rodea, parte del *ello* ha experimentado una peculiar transformación. En efecto, constituyendo primitivamente una capa cortical dotada de órganos receptores de estímulos y de dispositivos para la protección contra los mismos, se ha establecido paulatinamente una organización especial que desde entonces oficia de mediadora entre el *ello* y el mundo exterior. A este sector de nuestra vida psíquica le damos el nombre de *yo*.

Características principales del yo.

En virtud de la relación previamente formada entre percepción sensorial y actividad muscular, el *yo* go-

¹ Esta parte más arcaica del aparato psíquico seguirá siendo la más importante durante la vida entera. De ella partió, también, la labor investigadora del psicoanálisis.

bierna los movimientos voluntarios. Su tarea es la autoafirmación, y la realiza en doble sentido. Frente al mundo exterior, aprende a conocer los estímulos, acumula (en la memoria) experiencias sobre los mismos, evita (por la fuga) los que son demasiado intensos, enfrenta (por adaptación) los estímulos moderados y, por fin, aprende a modificar el mundo exterior adecuándolo a su propia conveniencia (actividad). Hacia dentro, frente al ello, conquista el dominio sobre las exigencias de los instintos, decide así si han de tener acceso a la satisfacción, aplazando ésta por los momentos y circunstancias más favorables del mundo exterior, o bien suprimiendo totalmente las excitaciones instintivas. En esta actividad, el yo se ajusta a la consideración de las tensiones excitativas que ya posee o que le llegan. Su aumento se hace sentir en general como *displacer*, y su disminución, como *placer*. Sin embargo, lo que se siente como placer y displacer, probablemente no sean las cúspides absolutas de esas tensiones excitativas, sino alguna particularidad en el ritmo de su modificación. El yo tiende al placer y quiere eludir el displacer. Responde con la *señal de angustia* a un aumento esperado y previsto de displacer, calificándose de *peligro* al motivo de ese aumento, ya amenace desde fuera o desde dentro. Periódicamente el yo rompe sus comunicaciones con el mundo exterior y se retrae al estado de reposo o sueño, modificando profundamente su organización. A juzgar por el estado de sueño, cabe suponer que dicha organización consiste en una distribución peculiar de la energía psíquica.

Como sedimento del largo período infantil en que el hombre en formación vive dependiendo de sus padres, fórmasse en el yo una instancia particular que perpetúa esa influencia parental y a la que se ha dado el nombre de *superyo*. En la medida en que se separa del yo o se le opone, este superyo constituye una tercera potencia, que el yo ha de tener en cuenta.

Un acto del yo es correcto cuando satisface al mismo tiempo las exigencias del yo, del superyo y de la realidad, es decir, si logra conciliar mutuamente sus respectivas pretensiones. Los detalles de la relación entre el yo y el superyo siempre se explican reduciéndola a la relación del niño con sus padres. Desde luego, en el influjo parental no sólo interviene la índole personal de los padres, sino también la influencia de las tradiciones familiar, racial y popular que aquéllos perpetúan, así como las demandas del respectivo medio social que los padres representan. En el curso de la evolución individual, el superyo también incorpora aportes de ulteriores sustitutos y sucesores de los padres, como los educadores, los personajes ejemplares, los ideales venerados en la sociedad. Se advierte que, pese a todas sus diferencias fundamentales, el ello y el superyo coinciden entre sí al representar las influencias del pasado: el ello, las heredadas; el superyo, principalmente, las recibidas de otros, mientras que el yo es determinado esencialmente por las vivencias propias, es decir, por lo actual y accidental.

Este esquema general de un aparato psíquico también tiene vigencias para los animales superiores, psi-

quicamente semejantes al hombre. Debemos aceptar que existe un superyo en cualquier ser que haya tenido, como el hombre, un período más bien prolongado de dependencia infantil. Asimismo debe aceptarse inevitablemente el divorcio entre el yo y el ello.

La psicología animal aún no ha abordado el interesante problema que aquí se plantea.

CAPÍTULO II

TEORÍA DE LOS INSTINTOS

El poderío del ello expresa el verdadero propósito vital del individuo: satisfacer las necesidades que ha traído consigo. No es lícito adjudicar al ello el propósito de mantenerse vivo y de protegerse mediante el miedo contra los peligros; ésta es la misión del yo, que además debe buscar la forma de satisfacción más favorable y exenta de peligros, prestando consideración al mundo exterior. El superyo puede hacer valer nuevas necesidades, pero su función principal reside en restringir las satisfacciones.

Denominamos *instintos* a las fuerzas que suponemos actuando tras las tensiones de necesidades del ello. Representan las exigencias somáticas planteadas a la vida psíquica, y aunque son causa última de toda actividad, su índole es conservadora; de todo estado que un ser alcanza surge la tendencia a restablecerlo en cuanto se lo haya abandonado. Por consiguiente, cabe diferenciar un número indeterminado de instintos, lo que efecti-

vamente hacemos en la práctica. Para nosotros, empero, adquiere importancia la posibilidad de reducir todos estos múltiples instintos a unos pocos fundamentales. Hemos comprobado que los instintos pueden cambiar su fin (por desplazamiento) y que también pueden sustituirse mutuamente, pasando la energía de uno al otro, proceso este último que aún no se ha llegado a comprender bien. Tras grandes reservas y vacilaciones nos hemos decidido a aceptar sólo dos instintos fundamentales: el *Eros* y el *instinto de destrucción*. (La antítesis entre instinto de autoconservación y de conservación de la especie, así como otra entre amor de sí mismo y amor de objeto, debe incluirse dentro de los límites del *Eros*.) El primero tiene por fin constituir y conservar unidades cada vez mayores, es decir, tiende a la unión; el instinto de destrucción, por el contrario, persigue la disolución de las vinculaciones, la aniquilación. En lo que a éste se refiere, podemos aceptar que su fin último parece ser el de llevar lo viviente al estado inorgánico, de modo que también lo denominamos *instinto de muerte*. Si aceptamos que lo viviente apareció después de lo inanimado, surgiendo de éste, el instinto de muerte se adapta a la fórmula mencionada, según la cual todo instinto persigue el retorno a un estado anterior. En cambio, no podemos aplicarla al *Eros* (o instinto de amor), pues sería necesario presuponer que la sustancia viva fue alguna vez una unidad, destruida más tarde, y que ahora tiende a una nueva unión ¹.

¹ Los poetas han imaginado algo semejante, pero nada de ellos nos muestra la historia de la sustancia viva.

En las funciones biológicas, ambos instintos fundamentales se antagonizan o combinan mutuamente. Así, el acto de comer representa una destrucción del objeto con la finalidad de la incorporación; el acto sexual, una agresión con el propósito de la más íntima unión. Esta actividad sinérgica y antagónica de ambos instintos básicos da lugar a la abigarrada multiplicidad de los fenómenos vitales. Buscando analogías para nuestros dos instintos fundamentales, más allá de los límites de lo vivo hallamos la polaridad antinómica entre atracción y repulsión que rige en lo inorgánico¹.

Las modificaciones de la proporción en que se mezclan los instintos tienen decisivas consecuencias. Una mayor dosis de agresión sexual convierte al amante en asesino perverso; una gran atenuación del factor agresivo le torna tímido o impotente.

De ningún modo puede limitarse uno u otro de los instintos básicos a determinado sector psíquico; por el contrario, los encontraremos en todas partes. Nos imaginamos el estado inicial de los mismos aceptando que toda la energía disponible del Eros, que en adelante llamaremos *libido*, se encuentra en el "yo-ello", aun indiferenciado, sirviendo para neutralizar las tendencias destructivas que existen simultáneamente. (Carecemos de un término análogo a *libido*, aplicable a la energía del instinto de destrucción.) Podemos seguir con relativa facilidad las vicisitudes ulteriores de la *libido*,

¹ Ya al filósofo Empédocles de Akragas le era familiar este concepto de las fuerzas básicas o instintos, al que aun se resisten muchos analistas.

pero nos resulta más difícil hacerlo con las del instinto de destrucción.

Mientras este instinto actúa en lo íntimo como instinto de muerte, permanece mudo, manifestándose sólo cuando es dirigido hacia afuera, como instinto de destrucción. Para la conservación del individuo, empero, esta orientación parece ser necesaria. El sistema muscular sirve a tal derivación. Al establecerse el superyo, considerables proporciones del instinto de agresión son fijadas en el interior y actúan allí autodestructivamente, lo que constituye uno de los peligros higiénicos asumidos por el hombre en su camino hacia la evolución cultural. Contener la agresión es, en principio, malsano, patógeno.

Esta conversión de la agresión contenida en auto-agresión, orientando la agresión contra la propia persona, el individuo suele demostrarla en el acceso de ira, al mesarse los cabellos o golpearse la cara, siendo evidente que más le habría gustado dirigir este tratamiento contra otro. Una parte de la autodestrucción subsiste siempre en el interior, hasta que concluye por matar al individuo, quizá no antes de que su libido se haya agotado o fijado inconvenientemente. En consecuencia, podemos aceptar, con carácter general, que el individuo muere por sus conflictos internos, mientras que la especie perece en su lucha estéril contra el mundo exterior, si éste se ha modificado de manera tal que ya no basten las adaptaciones por ella adquiridas.

Sería harto difícil precisar las vicisitudes de la libido en el ello y el superyo. Cuanto sabemos al respecto se

refiere al yo, en el que originariamente está depositada toda la reserva disponible de libido. A este estado lo denominamos *narcisismo* absoluto primario; subsiste hasta que el yo comienza a cargar las representaciones objetales con libido, es decir, a convertir libido narcisística en *libido objetal*. Durante toda la vida el yo sigue siendo el gran reservorio que emite las cargas libidinales hacia los objetos y al que se retiran nuevamente, cual una masa protoplásmica maneja sus pseudopodios. Sólo en el estado del completo enamoramiento, el contingente principal de la libido es transferido al objeto, es decir, el objeto ocupa en cierta manera la plaza del yo. Una característica importante para la vida es la *movilidad* de la libido, la facilidad con que pasa de un objeto a otros objetos. Contraria a aquélla es la *fijación* de la libido a determinados objetos, fijación que a menudo persiste durante toda la vida.

Es innegable que la libido tiene fuentes somáticas, que se vuelca sobre el yo desde distintos órganos y regiones somáticas, como lo observamos con mayor claridad en aquella parte de la libido denominada excitación sexual, de acuerdo con su fin instintivo. Las principales regiones somáticas de que parte esta libido se califican de *zonas erógenas*, pero en realidad todo el cuerpo es una zona erógena semejante. Nuestros mejores conocimientos sobre el Eros, es decir, sobre su exponente, la libido, los hemos adquirido estudiando la función sexual, que coincide con el Eros en la acepción popular, aunque no en nuestra teoría. Pudimos formarnos así una imagen de cómo el impulso sexual,

destinado a influir decisivamente sobre nuestra vida, se desarrolla paulatinamente a partir de los sucesivos aportes procedentes de varios instintos parciales, que representan determinadas zonas erógenas.

CAPÍTULO III

DESARROLLO DE LA FUNCIÓN SEXUAL

De acuerdo con la concepción corriente, la vida sexual humana consta en lo esencial de la tendencia a poner los órganos genitales propios en contacto con los de una persona del sexo opuesto. Al mismo tiempo, el beso, la contemplación y la caricia manual de ese cuerpo ajeno aparecen como manifestaciones accesorias y como actos previos. Esta tendencia aparecería con la pubertad, es decir, en la edad de la maduración sexual, y serviría a la procreación; pero siempre se conocieron determinados hechos que no caben en el estrecho marco de esta concepción. 1) Es curioso que existan seres para los cuales tienen atractivo sólo las personas del propio sexo y sus órganos genitales; 2) no es menos curioso que existan personas cuyos deseos parecieran ser sexuales, pero que se abstraen completamente de los órganos sexuales o de su utilización normal: a tales seres se los llama perversos; 3) por fin, es notable que ciertos niños, considerados por ello como degenerados, muy precozmente manifiestan interés por sus propios genitales y signos de excitación de los mismos.

Es comprensible que el psicoanálisis despertara vivo

interés y antagonismo cuando, fundándose parcialmente en esos tres hechos que se había procurado menospreciar, contradijo todas las concepciones populares sobre la sexualidad y estableció las siguientes conclusiones principales:

a) La vida sexual no comienza sólo en la pubertad, sino que se inicia con evidentes manifestaciones poco después del nacimiento.

b) Es necesario establecer una neta distinción entre los conceptos de lo sexual y lo genital. El primero es un concepto más amplio y comprende muchas actividades que no guardan relación alguna con los órganos genitales.

c) La vida sexual abarca la función de obtener placer en zonas somáticas, que ulteriormente se pone al servicio de la procreación, pero a menudo las dos funciones no se superponen del todo.

Es natural que el interés se concentre en el primero de estos postulados, el más inesperado de todos. En efecto, pudo demostrarse que en la temprana infancia existen indicios de una actividad corporal a los que sólo un arraigado prejuicio podía negar el calificativo de sexual, y que aparecen ligados a fenómenos psíquicos que volveremos a encontrar más tarde, en la vida amorosa del adulto, como, por ejemplo, la fijación a determinados objetos, los celos, etcétera. Compruébase además que tales fenómenos, surgidos en la primera infancia, forman parte de un proceso evolutivo perfectamente reglado, pues luego de una exaltación gradual alcanzan su máximo hacia el final del quinto año, para

caer luego en un intervalo de reposo. Mientras dura éste, el proceso se detiene, gran parte de lo aprendido se pierde, y la actividad sufre una suerte de involución. Finalizado este período, que se denomina "de latencia", la vida sexual continúa en la pubertad, cual si volviera a florecer. He aquí el hecho del *doble comienzo* de la vida sexual, hecho desconocido fuera de la especie humana y seguramente fundamental para la humanización¹. No carece de importancia el que los sucesos de este primer período de la sexualidad sean, salvo escasos restos, víctima de la *amnesia infantil*. Nuestras concepciones sobre la etiología de las neurosis y nuestra técnica de tratamiento analítico se fundan precisamente en esos postulados. La exploración de los procesos evolutivos que presenta esa época precoz, también ha demostrado la certeza de otras afirmaciones.

La boca es, desde el momento del nacimiento, el primer órgano que aparece como zona erógena y que plantea a la psique exigencias libidinales. Al principio, toda la actividad psíquica está adaptada a la satisfacción de las necesidades de esta zona. Naturalmente, la boca sirve en primer lugar a la autoconservación por nutrición, pero no se debe confundir la fisiología con la psicología. El chupeteo del niño, actividad a la que éste

¹ Véase, al respecto, la hipótesis de que el hombre desciende de un mamífero que habría alcanzado su madurez sexual a los cinco años. Alguna circunstancia exterior de gran magnitud influyó entonces sobre la especie, trastornando la evolución directa e ininterrumpida de la sexualidad. Con ello podrían estar relacionadas asimismo otras modificaciones de la sexualidad humana, comparada con la animal, como la pérdida de la periodicidad de la libido y la intervención de la función menstrual en las relaciones entre los sexos. (Véase también la nota en *El malestar en la cultura*. N. del T.)

se aferra tenazmente, presenta muy precozmente un impulso hacia la satisfacción que, si bien surgido de la ingestión alimentaria y estimulada por ésta, tiende a alcanzar el placer independientemente de la nutrición, de modo que podemos y debemos considerarlo *sexual*.

Ya durante esa fase oral, con la aparición de los dientes surgen impulsos sádicos aislados, pero se generalizan mucho más en la segunda fase, denominada sádicoanal, porque en ella la satisfacción se busca en las agresiones y en las funciones excretoras. Al incluir las tendencias agresivas en la libido, nos fundamos en el concepto de que el sadismo es una mezcla instintiva de tendencias puramente libidinales y puramente destructivas, mezcla que desde entonces perdurará durante toda la vida ¹.

La tercera fase, denominada fálica, es como un prolegómeno de la conformación definitiva que adoptará la vida sexual, a la cual se asemeja sobremanera. Es notable que en ella no actúen los genitales de ambos sexos, sino sólo el masculino (falo). Los genitales femeninos permanecen ignorados durante mucho tiempo, y el niño, en su intento de comprender los procesos sexuales, adhiere a la venerable teoría cloacal, genéticamente bien justificada ².

¹ Cabe preguntarse aquí si la satisfacción de impulsos puramente destructivos puede hacerse sentir como placer; si existe la destrucción pura, sin aditamentos libidinales. La satisfacción del instinto de muerte que haya quedado alojado en el yo no parece despertar sensaciones placenteras, aunque el masoquismo representa una mezcla muy análoga a la del sadismo.

² Muchos pretenden que las excitaciones vaginales pueden ser muy precoces, pero con toda probabilidad se trata de excitaciones en el clitoris, o sea en un órgano análogo al pene, lo que no invalida la justificación de llamar fálica a esta fase.

En la fase fálica, la sexualidad infantil precoz llega a su máximo y se aproxima a la declinación. En adelante, el varón y la mujer seguirán por distintos caminos. Ambos han comenzado a poner su actividad intelectual al servicio de la investigación sexual; ambos aceptan como fundamento la hipótesis de la universalidad del pene; pero ahora han de separarse los destinos de los sexos. El varón ingresa en la fase edípica, comenzando sus actividades manuales con el pene, acompañadas por fantasías que tienen por tema alguna actividad sexual del mismo con la madre, hasta que los efectos sumados de alguna amenaza de castración y del descubrimiento de la falta de pene en la mujer le hace sufrir el mayor trauma de su vida, que inaugura el período de latencia, con todas sus repercusiones. La niña, después de un fracasado intento de emular al varón, experimenta el reconocimiento de su falta de pene o, más bien, de la inferioridad de su clítoris, sufriendo consecuencias definitivas para la evolución de su carácter; a causa de esta primera defraudación en la rivalidad, a menudo se aparta por primera vez de la vida sexual en general.

Sería erróneo suponer que estas tres fases se suceden simplemente; por el contrario, una se agrega a la otra, se superponen, coexisten. En las fases precoces, cada uno de los instintos parciales persigue su satisfacción en completa independencia de los demás; pero en la fase fálica aparecen los primeros indicios de una organización destinada a subordinar las restantes tendencias bajo la primacía de los genitales, representando un comienzo de adaptación de la tendencia hedonística general a

la función sexual. La organización completa sólo se alcanzará gracias a la pubertad, en una cuarta fase, en la fase genital. Se establece así una situación en la cual:

- 1) se conservan algunas catexis libidinales precoces;
- 2) otras se incorporan a la función sexual, como actos previos y coadyuvantes, cuya satisfacción suministra el denominado placer previo; 3) otras tendencias son excluidas de la organización, ya sea suprimiéndose totalmente (represión) o utilizándose de una manera distinta en el yo, formando rasgos del carácter, y experimentando sublimaciones con desplazamiento de la finalidad.

Este proceso no siempre transcurre llanamente. Los obstáculos de su desarrollo se manifiestan en forma de múltiples trastornos que puede sufrir la vida sexual. Trátase entonces de fijaciones de la libido a situaciones de fases pretéritas, fijaciones cuya tendencia, independiente del fin sexual normal, se califica de *perversión*. Semejante inhibición del desarrollo es, por ejemplo, la homosexualidad, cuando se manifiesta claramente. El análisis demuestra que en todos los casos ha existido un vínculo objetal de carácter homosexual, que casi siempre aun subsiste *latentemente*. La situación se complica porque, en general, no se trata de que los procesos necesarios para llegar a la solución normal se realicen plenamente o falten por completo, sino que también pueden realizarse parcialmente, de modo que el resultado final dependa de estas relaciones *cuantitativas*. En tal caso, si bien se ha alcanzado la organización genital, ésta se encuentra debilitada por las porciones de libido

que no han seguido su desarrollo, quedando fijadas a objetos y fines pregenitales. Este debilitamiento se manifiesta en la tendencia de la libido a retornar a las catexis anteriores pregenitales, en casos de insatisfacción genital o ante dificultades reales (*regresión*).

Estudiando las funciones sexuales hemos adquirido una primera convicción provisional, o más bien una presunción de dos nociones que demostrarán ser importantes en todo el sector de nuestra ciencia. Ante todo, el de que las manifestaciones normales y anormales que observamos, es decir, la fenomenología, debe ser descrita desde el punto de vista del dinamismo y de la economía (en nuestro caso, la distribución cuantitativa de la libido); además, que la etiología de los trastornos estudiados por nosotros se encuentra en la historia evolutiva, es decir, en las épocas más precoces del individuo.

CAPÍTULO IV

LAS CUALIDADES PSÍQUICAS

Hemos descrito la estructura del aparato psíquico, las energías o fuerzas que en él actúan; hemos observado asimismo, en un ejemplo ilustrativo, cómo estas energías, especialmente la libido, se organizan en una función fisiológica que sirve a la conservación de la especie. Nada había en todo ello que presentase el particularísimo carácter de lo psíquico, salvo, naturalmente, el hecho empírico de que aquel aparato y aquellas ener-

gías son el fundamento de las funciones que denominamos nuestra vida anímica.

Nos ocuparemos ahora de cuanto es exclusivamente característico de ese psiquismo; de lo que, según opinión muy generalizada, hasta sería un equivalente mismo de lo psíquico.

El punto de partida de este estudio está dado por el singular fenómeno de la conciencia, reacio a toda explicación y descripción. No obstante, al mencionarlo, la propia experiencia nos enseña en forma inmediata lo que con ello queremos decir¹. Muchas personas, científicas o no, se conforman con aceptar que la conciencia sería lo único psíquico y, en tal caso, la psicología no tendría más objeto que discernir, en la fenomenología psíquica, percepciones, sentimientos, procesos cogitativos y actos volitivos. Nadie acepta, empero, que estos procesos conscientes forman series cerradas y completas, no quedando otro remedio sino admitir la existencia de procesos físicos o somáticos concomitantes de lo psíquico, siendo evidente que forman series más completas que las psíquicas, pues sólo algunas, pero no todas, tienen procesos paralelos conscientes. Nada más natural, pues, que acentuar en psicología estos procesos somáticos, reconocerlos como lo esencialmente psíquico y hallar otra categoría para los procesos conscientes. Mas a esto se resiste la mayoría de

¹ Una corriente psicológica extrema, como el behaviorismo, surgida en Estados Unidos, cree poder levantar una psicología haciendo abstracción de este hecho básico.

los filósofos y muchos que no lo son, declarando que un psiquismo inconsciente sería un desatino.

He aquí, precisamente, lo que el psicoanálisis debe cumplir y lo que constituye su segunda hipótesis fundamental. Postula que lo esencialmente psíquico son esos procesos concomitantes, pretendidamente somáticos, y al hacerlo, comienza por hacer abstracción de la cualidad de conciencia. Con todo, no es único en adoptar tal actitud, pues muchos pensadores, como por ejemplo Theodor Lipps, han afirmado lo mismo con idénticas palabras. Por lo demás, la general insuficiencia de la concepción corriente de lo psíquico ha dado lugar a que se hiciera cada vez más perentoria la incorporación de algún concepto de lo inconsciente al pensamiento psicológico, aunque fue adoptado en forma tan vaga e imprecisa que no pudo ejercer influencia alguna sobre la ciencia.

Ahora bien: parecería que esta diferencia entre el psicoanálisis y la filosofía sólo se refiere a una insignificante cuestión de definiciones, es decir, a si el calificativo de psíquico habría de aplicarse a una u otra serie. En realidad, sin embargo, esta decisión es fundamental, pues mientras la psicología de la conciencia jamás logró superar estas series incompletas, evidentemente subordinadas a otros factores, la nueva concepción de que lo psíquico sería, en sí, inconsciente, permitió convertir la psicología en una ciencia natural como cualquier otra. Los procesos de que se ocupan, en sí, tan incognoscibles como los de otras ciencias, como los de la química o la física, pero es posi-

ble establecer las leyes a que obedece, es posible trazar sus interrelaciones y dependencias en grandes trechos y sin lagunas, es decir, es posible alcanzar lo que se considera una comprensión del respectivo sector de los fenómenos naturales. Al hacerlo, no se puede menos que establecer nuevas hipótesis y crear nuevos conceptos, pero éstos no deben ser menospreciados como testimonios de nuestra ignorancia, sino valorados como conquistas de la ciencia, que tienen el mismo valor aproximativo que las análogas construcciones intelectuales auxiliares de otras ciencias naturales, quedando librado a la experiencia renovada y decantada el modificarlas, corregirlas y precisarlas. Así, no ha de extrañarnos si los conceptos fundamentales de la nueva ciencia, sus principios (instinto, energía nerviosa, etcétera) subsisten durante cierto tiempo tan indeterminados como los de las ciencias más antiguas (fuerza, masa, gravitación).

Todas las ciencias reposan en observaciones y experiencias transmitidas por el aparato psíquico, pero como nuestra ciencia tiene por objeto a ese mismo aparato, la analogía con aquéllas toca aquí a su fin. En efecto, realizamos nuestras observaciones por medio del mismo aparato perceptivo, y precisamente con ayuda de las lagunas en lo psíquico, completando lo faltante con deducciones inmediatas y traduciéndolo en material consciente. Así, establecemos en cierto modo una serie complementaria consciente de lo psíquico inconsciente. La relativa seguridad de nuestra ciencia psicológica reposa sobre la fidelidad de esas de-

ducciones, pero quien profundice esta labor comprobará que nuestra técnica resiste a toda crítica.

Durante esta labor se nos imponen las diferenciaciones que calificamos como cualidades psíquicas. No es necesario caracterizar lo que denominamos *consciente*, pues coincide con la conciencia de los filósofos y del vulgo. Para nosotros, todo lo psíquico restante constituye lo inconsciente. Pero al punto nos vemos obligados a establecer, en este inconsciente, una importante división. Algunos procesos fácilmente se tornan conscientes, y aunque dejen de serlo, pueden volver a la conciencia sin dificultad, o, como suele decirse, pueden ser reproducidos o recordados. Esto nos advierte que la conciencia misma no es sino un estado muy fugaz. Cuanto es consciente, únicamente lo es por un instante, y el que nuestras percepciones no parezcan confirmarlo, es sólo una contradicción aparente debida a que las excitaciones de la percepción pueden subsistir durante cierto tiempo, de modo que aquélla bien puede repetirse. Todo esto se expresa claramente en la percepción consciente de nuestros procesos de pensamiento que, si bien pueden subsistir, también pueden extinguirse en un instante. Todo lo inconsciente que se conduce de esta manera, que puede trocar tan fácilmente su estado inconsciente por el consciente, convendrá calificarlo, pues, como susceptible de la conciencia, o *preconsciente*. La experiencia nos ha demostrado que difícilmente existe un proceso psíquico, por más complicado que sea, que no pueda permanecer preconsciente en ocasiones, aun-

que por lo regular irrumpe a la consciencia, como lo expresamos analíticamente.

Otros procesos y contenidos psíquicos no tienen acceso tan fácil a la conscienciación, sino que es preciso descubrirlos, adivinarlos y traducirlos a expresión consciente, en la manera ya descrita. Para estos procesos reservamos, en puridad, el calificativo de *inconscientes*. Por tanto, hemos atribuído tres cualidades a los procesos psíquicos: éstos pueden ser conscientes, preconcientes o inconscientes. La diferenciación entre tres clases de contenidos que llevan estas cualidades, no es absoluta ni permanente. Como vemos, lo preconciente se torna consciente sin nuestra intervención, y lo inconsciente puede volverse consciente mediante nuestros esfuerzos, que a menudo nos permiten advertir la oposición de fuertes resistencias. Al realizar esta tentativa en el prójimo, no olvidemos que el relleno consciente de su laguna perceptiva, es decir, la construcción que le ofrecemos, aún no significa que hayamos tornado conscientes en él los respectivos contenidos inconscientes. Por el contrario, este contenido existe en doble fijación: una vez, en la reconstrucción consciente que el sujeto mismo percibe, y además, en su estado inconsciente originario. Nuestros tenaces esfuerzos suelen lograr entonces que ese inconsciente se le torne consciente al propio sujeto coincidiendo así ambas fijaciones en una sola. En los distintos casos varía la magnitud del esfuerzo necesario, que nos permite apreciar la magnitud de la resistencia contra la conscienciación. Lo que en el tra-

tamiento analítico, por ejemplo, es resultado de nuestro esfuerzo, también puede ocurrir espontáneamente: un contenido generalmente inconsciente se transforma en preconscious, y llega luego a la consciencia, como ocurre copiosamente en los estados psicóticos. Deducimos de ello que el mantenimiento de ciertas resistencias internas es una condición de la normalidad. En el estado del dormir prodúcese regularmente tal disminución de las resistencias, con la consiguiente irrupción de contenidos inconscientes, quedando establecidas las condiciones para la formación de los sueños. Inversamente, contenidos preconscious pueden sustraerse por un tiempo a nuestro alcance, quedando bloqueados por resistencias, como es el caso en los olvidos fugaces, o bien un pensamiento preconscious puede volver transitoriamente al estado inconsciente, fenómeno que parece constituir la condición básica del chiste. Veremos que tal retorno de contenidos (o procesos) preconscious al estado inconsciente desempeña un importante papel en la causación de los trastornos neuróticos.

Presentada con este carácter general y simplificado, la doctrina de las tres cualidades de lo psíquico parece ser más bien una fuente de insuperable confusión que un aporte al esclarecimiento. Mas no olvidemos que no constituye una teoría propiamente dicha, sino una primera síntesis de los hechos de nuestra observación que se ciñe en lo posible a esos hechos y no trata de explicarlos. Las complicaciones que revela podrán tornar comprensibles las dificultades especiales que de-

be superar nuestra investigación. Mas, es de presumir que aún podremos profundizar esta doctrina si buscamos las relaciones entre las cualidades psíquicas y los sectores o instancias del aparato psíquico, que hemos aceptado. Pero también estas relaciones están lejos de ser simples.

La conscienciación está vinculada, ante todo, a las percepciones que nuestros órganos sensoriales reciben del mundo exterior. Por consiguiente, para la consideración tópica es un fenómeno que ocurre en la capa cortical más periférica del yo. Sin embargo, también tenemos noticias conscientes que proceden del interior de nuestro cuerpo, sensaciones que influyen sobre nuestra vida psíquica con autoridad aun mayor que las percepciones exteriores, y en determinadas circunstancias los órganos sensoriales también producen sensaciones, por ejemplo dolorosas, además de sus percepciones específicas. Pero ya que estas sensaciones — como se las llama para diferenciarlas de las percepciones conscientes — también emanan de los órganos terminales, y ya que concebimos a todos éstos como prolongaciones y apéndices de la capa cortical, bien podemos mantener la mencionada afirmación. La única diferencia residiría en que el propio cuerpo reemplaza al mundo exterior para los órganos terminales de las sensaciones y percepciones cenestésicas.

Procesos conscientes, en la periferia del yo; todos los demás, inconscientes, en el yo: he aquí la situación más simple que podríamos concebir. Bien puede ser así en los animales, pero en el hombre se agrega una

complicación por la cual también los procesos internos del yo pueden adquirir la cualidad de consciencia. Esta complicación es obra del lenguaje, que combina íntimamente los contenidos yoicos con restos mnémicos de percepciones visuales y, particularmente, acústicas. Debido a este proceso, la periferia perceptiva de la capa cortical puede ser excitada, en medida mucho mayor, también desde el interior: procesos internos, como los imaginativos y los ideativos, pueden llegar a ser conscientes, siendo necesario un dispositivo particular que discierna ambas posibilidades: la denominada *prueba de realidad*. Con ello ha caducado la equiparación percepción-realidad (mundo exterior), llamándose *alucinaciones* los errores que ahora pueden producirse fácilmente y que ocurren con regularidad en el sueño.

El interior del yo, que comprende ante todo los procesos cogitativos, tiene la cualidad de preconsciente. Ésta es característica y privativa del yo, mas no sería correcto aceptar la combinación con los restos mnémicos del lenguaje como condición esencial del estado preconsciente, pues éste es independiente de aquélla, aunque la condición del lenguaje permite suponer certamente la índole preconsciente del proceso. El estado preconsciente, caracterizado de una parte por su accesibilidad a la conciencia y de otra por su vinculación con los restos lingüísticos, es, sin embargo, algo particular, cuya índole no queda agotada por esas dos características. Prueba de ello es que grandes partes del yo y, ante todo, del superyo, al que no se puede

negar el carácter de preconsciente, por lo general permanecen inconscientes en el sentido fenomenológico. Ignoramos por qué esto debe ser así. Más adelante trataremos de abordar el problema de la verdadera índole de lo preconsciente.

Lo inconsciente es la única cualidad dominante en el ello. El ello y lo inconsciente se hallan tan íntimamente ligados como el yo y lo preconsciente, al punto que dicha relación es aún más exclusiva en el primer caso. Un repaso de la historia evolutiva del individuo y de su aparato psíquico nos permite comprobar una importante división en el ello. Originalmente, todo era ello; el yo se desarrolló del ello por la incesante influencia del mundo exterior. Durante esta lenta evolución, ciertos contenidos del ello pasaron al estado preconsciente y se incorporaron así al yo; otros permanecieron intactos en el ello, formando su núcleo, difícilmente accesible. Mas durante este desarrollo, el joven y débil yo devolvió al estado inconsciente ciertos contenidos ya incorporados, abandonándolos, y se condujo de igual manera frente a muchas impresiones nuevas que podría haberse incorporado, de modo que éstas, rechazadas, sólo pudieron dejar una huella en el ello. Teniendo en cuenta su origen, denominamos *lo reprimido* a esta parte del ello. Poco importa que no siempre podamos discernir claramente entre ambas categorías en el ello, que corresponden aproximadamente a la división entre el acervo congénito y lo adquirido durante el desarrollo del yo.

Si aceptamos la división tópica del aparato psíquico

en yo y ello, con la que corre paralela la diferenciación de las cualidades preconsciente e inconsciente; si, por otra parte, sólo consideramos estas cualidades como signos de la diferencia, pero no como la misma esencia de éstas: ¿en qué reside entonces la verdadera índole del estado que se revela en ello por la cualidad de lo inconsciente, y en yo por la de lo preconsciente; en qué consiste la diferencia entre ambos?

Pues bien, nada sabemos de esto, y nuestros escasos conocimientos se levantan míseramente del tenebroso fondo formado por esta incertidumbre. Nos hemos aproximado aquí al verdadero y aún oculto enigma de lo psíquico. Siguiendo la costumbre impuesta por otras ciencias naturales, aceptamos que en la vida psíquica actúa una especie de energía, pero carecemos de todos los asideros necesarios para abordar su conocimiento mediante analogías con otras formas energéticas. Creemos reconocer que la energía nerviosa o psíquica existe en dos formas: una fácilmente movable, y otra más bien fijada; hablamos de cargas y sobrecargas de los contenidos, y aun nos atrevemos a suponer que la "sobrecarga" establece una especie de síntesis entre distintos procesos, síntesis en la cual se convierte energía libre en fijada. Más lejos no hemos llegado, pero nos atenemos a la noción de que también la diferencia entre el estado inconsciente y el preconsciente se reduce a semejantes condiciones dinámicas, noción que nos permitiría comprender que el uno pueda transformarse en el otro, ya sea espontáneamente o por nuestra intervención.

Mas, tras todas estas incertidumbres, existe un nuevo hecho, cuyo descubrimiento debemos a la investigación psicoanalítica. Hemos aprendido que los procesos del inconsciente o del ello obedecen a leyes distintas de las que rigen los procesos en el yo preconscious. En su conjunto, denominamos a estas leyes *proceso primario*, en contradicción con el *proceso secundario* que regula el suceder del preconscious, del yo. Así, pues, el estudio de las cualidades psíquicas finalmente no ha resultado estéril.

CAPÍTULO V

ACLARACIONES A LA INTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS

Poco nos revelará la investigación de los estados normales y estables, donde los límites del yo frente al ello, consolidados por resistencias (contracargas), no han sido desplazados, y donde el superyo no se diferencia del yo porque ambos trabajan en armonía. Sólo podemos aprovechar los estados de conflicto y conmoción, cuando el contenido del ello inconsciente tiene perspectivas de irrumpir al yo y a la conciencia, y cuando el yo, a su vez, vuelve a defenderse contra esta irrupción. Sólo en estas circunstancias podemos realizar las observaciones que corroboren o rectifiquen lo que hemos dicho respecto a ambos partícipes del mecanismo psíquico. Mas semejante estado, y no otro, es el reposo nocturno, el dormir, y por eso la

actividad psíquica en el dormir, actividad que vivenciamos como sueño, constituye nuestro más favorable objeto de estudio. Al abordarlo, también eludimos la tan repetida objeción de que estructuraríamos la vida psíquica normal de acuerdo con comprobaciones patológicas, pues el sueño es un fenómeno habitual en la vida de los seres normales, por más que sus características discrepen de las producciones que ofrece nuestra vida de vigilia.

Como todo el mundo sabe, el sueño puede ser confuso, incomprensible y aun absurdo; sus contenidos pueden contradecir a todos nuestros conocimientos de la realidad, y en él nos conducimos como dementes, al adjudicar, mientras soñamos, realidad objetiva a los contenidos del sueño.

Emprendemos el camino a la comprensión ("interpretación") del sueño aceptando que cuanto recordamos como sueño, después de habernos despertado, no coincide con el verdadero proceso onírico, sino que es sólo una fachada tras la cual se oculta éste. He aquí la diferenciación que hacemos entre un *contenido onírico manifiesto* y las *ideas latentes* del sueño. Al proceso que hace surgir aquél de éstas, lo llamamos *elaboración onírica*. El estudio de la elaboración onírica nos enseña, en paradigma excelente, cómo el material inconsciente del ello, tanto el primitivo como el reprimido, se impone al yo, se torna preconscious y, bajo la repulsa del yo, sufre aquellas transformaciones que reconocemos como *deformación onírica*. No existe

característica alguna del sueño que no pueda ser explicada de tal manera.

Lo más conveniente será que comencemos estableciendo la existencia de dos clases de motivos para la formación onírica. O bien un impulso instintivo (un deseo inconsciente), por lo general reprimido, adquirió durante el reposo la fuerza necesaria para hacerse valer en el yo, o bien un impulso insatisfecho procedente de la vida diurna, un pensamiento preconsciente, con todos los conflictos que lo animan, ha sido reforzado en el reposo por un elemento inconsciente. Hay, pues, sueños que proceden del ello y sueños que proceden del yo. Para ambos rige el mismo mecanismo de formación onírica, y también la condición dinámica es una y la misma. El yo revela su ulterior derivación del ello, por el hecho de que transitoriamente deja en suspenso sus funciones y permite el retorno a un estado anterior. Como no podría ser correctamente de otro modo, realiza esto rompiendo sus relaciones con el mundo exterior y retirando sus cargas de los órganos sensoriales. Puede decirse, justificadamente, que con el nacimiento surgió una tendencia a retornar a la vida intrauterina que se ha abandonado, es decir, un instinto de dormir. El dormir representa ese regreso al vientre materno. Dado que el yo despierto domina la motilidad, esta función es paralizada en el estado del reposo, tornándose con ello superfluas buena parte de las inhibiciones impuestas al ello inconsciente. El retiro o la atenuación de éstas (contracargas) permite ahora al ello una libertad que ya no

puede ser perjudicial. Las pruebas de la participación del ello inconsciente en la formación onírica son numerosas y de índole perentoria: *a)* La memoria onírica tiene envergadura mucho mayor que la memoria de vigilia. El sueño produce recuerdos que el soñante ha olvidado y que le son inaccesibles durante la vigilia. *b)* El sueño recurre sin límite alguno a símbolos lingüísticos cuya significación ignora el soñante, pero cuyo sentido podemos confirmar gracias a nuestra experiencia. Proceden probablemente de fases pretéritas de la evolución filológica. *c)* Con gran frecuencia, la memoria onírica reproduce impresiones de la temprana infancia del soñante, impresiones de las que no sólo podemos decir con seguridad que han sido olvidadas, sino también que se tornaron inconscientes por represión. Sobre esto se basa el empleo casi imprescindible del sueño para reconstruir la prehistoria del soñante, empleo que intentamos en el tratamiento analítico de las neurosis. *d)* Además, el sueño trae a colación contenidos que no pueden proceder ni de la vida madura ni de la infancia olvidada del soñante. Nos vemos obligados a considerarlos como una parte de la herencia *arcaica* que el niño, influido por las vivencias de sus predecesores, trae consigo al mundo, antes de cualquier experiencia propia. Las analogías de este material filogenético las hallamos en las más viejas leyendas de la humanidad y en sus costumbres subsistentes. De este modo, el sueño se convierte en una fuente nada desdeñable de la prehistoria humana.

Pero lo que hace al sueño tan valioso para nuestros

conocimientos, es la circunstancia de que el material inconsciente, al irrumpir en el yo, trae consigo sus propias modalidades dinámicas. Queremos decir con ello que los pensamientos preconcientes mediante los cuales se expresa, son tratados en el curso de la elaboración onírica como si fueran partes inconscientes del ello, y, en el segundo tipo citado de formación onírica, los pensamientos preconcientes que han buscado el reforzamiento por las tendencias instintivas inconscientes, son reducidos al estado inconsciente. Sólo mediante este camino nos enteramos de las leyes que rigen los mecanismos inconscientes y de su diferencia frente a las reglas conocidas del pensamiento vigil. Así, la elaboración onírica es, esencialmente, un caso de elaboración inconsciente de pensamientos preconcientes. Para recurrir a un símil de la historia: los conquistadores foráneos no tratan al país conquistado de acuerdo con la ley que encuentran en éste, sino de acuerdo con la propia. Mas es innegable que el resultado de la elaboración onírica es un arreglo, un compromiso entre dos partes. Puede reconocerse el influjo de la organización del yo, aun no paralizada, en la deformación impuesta al material inconsciente y en las tentativas, harto precarias a menudo, de conferir al todo una forma que aun pueda ser aceptada por el yo (elaboración secundaria). En aquel símil, esto vendría a ser la expresión de la pertinaz resistencia que ofrecen los conquistados.

Las leyes de los procesos inconscientes, que así se manifiestan, son muy extrañas y bastan para expli-

car casi todo lo que en el sueño nos parece tan enigmático. Cabe mencionar entre ellas, ante todo, la notable tendencia a la *condensación*, tendencia a formar nuevas unidades con elementos que en el pensamiento vigil seguramente habríamos mantenido separados. Por consiguiente, a menudo un único elemento del sueño manifiesto representa toda una serie de ideas oníricas latentes, como si fuese una alusión común a todas éstas, y, en general, la extensión del sueño manifiesto es extraordinariamente breve, en comparación con el rico material del que ha surgido. Otra particularidad de la elaboración onírica, no del todo independiente de la anterior, es la facilidad del *desplazamiento* de las intensidades psíquicas (cargas) de un elemento al otro, de modo que muchas veces un elemento accesorio de las ideas oníricas aparece en el sueño manifiesto como el más claro y, por consiguiente, el más importante; recíprocamente: elementos esenciales de las ideas oníricas sólo son representados en el sueño manifiesto por insignificantes alusiones. Además, a la elaboración onírica suelen bastarle concordancias harto inaparentes, para sustituir un elemento por otro en todas las operaciones subsiguientes. Es fácil concebir en qué medida estos mecanismos de la condensación y del desplazamiento pueden dificultar la interpretación del sueño y la revelación de las relaciones entre el sueño manifiesto y las ideas oníricas latentes. Al comprobar estas dos tendencias, a la condensación y al desplazamiento, nuestra teoría llega a la conclusión de que en el ello inconsciente la energía se encuentra

en estado de libre movilidad, y que al ello le importa más que cualquier otra cosa, la posibilidad de descargar sus cantidades de excitación¹; la teoría aplica ambas propiedades para caracterizar el proceso primario atribuido al ello.

El estudio de la elaboración onírica nos ha enseñado asimismo muchas otras peculiaridades, tan curiosas como importantes, de los procesos inconscientes, entre las que sólo unas pocas hemos de mencionar aquí. Las reglas decisivas de la lógica no rigen en el inconsciente, del que cabe afirmar que es el dominio de la ilógica. Tendencias con fines opuestos subsisten simultánea y conjuntamente en el inconsciente, sin que surja la necesidad de conciliarlas: ni siquiera se influyen mutuamente o, si lo hacen, no llegan a una decisión, sino a un compromiso que necesariamente debe ser absurdo, pues comprende elementos mutuamente inconciliables. De acuerdo con ello, las contradicciones no son separadas sino tratadas como si fueran idénticas, de modo que en el sueño manifiesto todo elemento puede representar también su contrario. Algunos filólogos han reconocido que lo mismo ocurría en las lenguas más antiguas y que las antinomias, como fuerte-débil, claro-oscuro, alto-bajo, fueron expresadas primitivamente por una misma raíz, hasta que dos variaciones del mismo radical separaron ambas significaciones antagónicas. En una lengua tan evolucionada como el latín subsisti-

¹ Como analogía, imaginemos que el suboficial que acaba de soportar en silencio una reprimenda de su superior, descarga su furia en el primer recluta inocente que se cruce en su camino.

rían aún restos de este doble sentido primitivo, como, por ejemplo, en las voces *altus* (alto y bajo) y *sacer* (sagrado y execrable), entre otras.

Teniendo en cuenta la complicación y la multiplicidad de las relaciones entre el sueño manifiesto y el contenido latente que tras él se oculta, cabe preguntarse, desde luego, por qué camino se podría derivar el uno del otro, y si al hacerlo dependeremos tan sólo de una feliz adivinación, apoyada quizá por la traducción de los símbolos que aparecen en el sueño manifiesto. Podemos responder que en la gran mayoría de los casos se lo resuelve satisfactoriamente, pero sólo con ayuda de las asociaciones que el propio soñante agrega a los elementos del contenido manifiesto. Cualquier otro procedimiento será arbitrario e inseguro. Las asociaciones del soñante, en cambio, traen a luz los eslabones faltantes, que insertamos en la laguna entre el sueño manifiesto y su contenido latente, reconstruyendo con su ayuda a éste, es decir, "interpretamos" aquél. No debe extrañar que esta labor interpretativa contraria a la elaboración onírica, no alcance en ocasiones plena seguridad.

Aún queda por explicar la razón dinámica de que el yo durmiente emprenda el esfuerzo de la elaboración onírica. Afortunadamente es fácil hallarla. Todo sueño en formación exige al yo, con ayuda del inconsciente, la satisfacción de un instinto, si el sueño surge del ello, y la solución de un conflicto, la eliminación de una duda, el restablecimiento de un propósito, si el sueño emana de un resto de la actividad preconscious vi-

gil. Pero el yo durmiente está embargado por el deseo de mantener el reposo, percibiendo esa exigencia como una molestia y tratando de eliminarla. Logra este fin mediante un acto de aparente concesión, ofreciendo a la exigencia una *realización del deseo* inofensiva en esas circunstancias, realización mediante la cual consigue eliminar la exigencia. La función primordial de la elaboración onírica es, precisamente, la sustitución de la exigencia por la realización del deseo. Quizá no sea superfluo ilustrar tal circunstancia mediante tres simples ejemplos: un sueño de hambre, uno de comodidad, y otro animado por la necesidad sexual. Mientras duerme, se hace sentir en el soñante una necesidad de comida, de modo que sueña con un opíparo banquete, y sigue durmiendo. Desde luego, tenía la alternativa de despertarse para comer o de seguir durmiendo, pero ha optado por lo último, satisfaciendo el hambre en el sueño, por lo menos momentáneamente, pues si su apetito continúa, seguramente acabará por despertarse. En cuanto al segundo caso: el soñante debe despertarse para llegar a determinada hora al hospital, mas sigue durmiendo y sueña que ya se encuentra allí, aunque en calidad de enfermo que no necesita abandonar su lecho. Por fin, supongamos que de noche sienta ansias de gozar de un objeto sexual prohibido, como la mujer de un amigo: sueña entonces con el acto sexual, pero no con esta persona, sino con otra que lleva el mismo nombre, aunque le es indiferente. O bien la resistencia se expresa haciendo que la amada quede anónima.

Desde luego, no todos los casos son tan simples; par-

ticularmente en los sueños que se originan en restos diurnos no solucionados, y que en el estado de reposo han hallado sólo un reforzamiento inconsciente, a menudo no es fácil revelar el impulso motor inconsciente y demostrar su realización del deseo, pero cabe aceptar que existen en todos los casos. La regla de que el sueño es una realización de deseos fácilmente tropezará con la incredulidad si se recuerda cuántos sueños tienen un contenido directamente penoso, o aun provocan el despertar con angustia, sin mencionar siquiera los tan frecuentes sueños carentes de tonalidad afectiva determinada. El argumento del sueño de angustia, empero, no resiste al análisis, pues no debemos olvidar que el sueño siempre es el resultado de un conflicto, una especie de compromiso de conciliación. Lo que para el ello inconsciente es una satisfacción, puede ser, por eso mismo, motivo de angustia para el yo.

Según la forma en que se haya hecho la elaboración onírica, unas veces se impondrá más el inconsciente, y otras se defenderá más enérgicamente el yo. En la mayoría de los casos, los sueños de angustia son aquellos cuyo contenido ha sufrido la menor deformación. Si la exigencia del inconsciente se torna demasiado grande, de modo que el yo durmiente no es capaz de rechazarla con los medios a su alcance, entonces abandona el deseo de dormir y retorna a la vida vigil. He aquí, pues, la definición que abarca todos los casos de la experiencia: el sueño siempre es una *tentativa* de eliminar la perturbación del reposo mediante la realización de un deseo, es decir, es el guardián del reposo. Esta ten-

tativa puede tener éxito más o menos completo, pero también puede fracasar, y entonces el durmiente se despierta, al parecer por este mismo sueño. También al bravo sereno que ha de amparar el reposo del villorrio, en ciertas circunstancias no le queda más remedio que alborotar y despertar a los vecinos durmientes.

Para concluir estas consideraciones agregaremos unas palabras que justifiquen nuestra prolongada dedicación al problema de la interpretación onírica. Se ha demostrado que los mecanismos inconscientes revelados por el estudio de la elaboración onírica, y que nos han servido para explicar la formación del sueño, también nos facilitan la comprensión de las curiosas formaciones sintomáticas que atraen nuestro interés hacia las neurosis y las psicosis. Semejante concordancia debe permitirnos abrigar grandes esperanzas.

SEGUNDA PARTE

APLICACIONES PRACTICAS

CAPÍTULO VI

LA TÉCNICA PSICOANALÍTICA

El sueño es, por consiguiente, una psicosis; dotado de todas las incongruencias, formaciones delirantes e ilusiones propias de aquélla. Pero es una psicosis de breve duración, inofensiva, que aun cumple una función útil, que es iniciada con el consentimiento de su portador y concluida por un acto voluntario de éste. Sin embargo, no deja de ser una psicosis, y nos demuestra cómo hasta una convulsión tan profunda de la vida psíquica puede retroceder y ceder la plaza a la función normal. En vista de ello, ¿acaso es demasiada osadía esperar que también sería posible someter a nuestro influjo y llevar a la curación las terribles enfermedades espontáneas de la vida psíquica?

Ya sabemos bastante acerca de lo que pueda servirnos en esta empresa. Según dimos por establecido, el yo tiene la función de satisfacer sus tres dependencias de la realidad, del ello y del superyo, sin afectar su organización ni menoscabar su independencia. La condición básica de los estados patológicos que estamos

considerando debe consistir, pues, en un debilitamiento relativo o absoluto del yo, que le impida cumplir sus funciones. La exigencia más difícil que se le plantea al yo, probablemente sea la dominación de las exigencias instintivas del ello, tarea para la cual debe mantener activas grandes contracargas. Pero también las exigencias del superyo pueden tornarse tan fuertes e inexorables que el yo se encuentre como paralizado en sus restantes funciones. Sospechamos que en los conflictos económicos así originados, el ello y el superyo suelen hacer causa común contra el hostigado yo, que trata de aferrarse a la realidad para mantener su estado normal. Si los dos primeros se tornan demasiado fuertes, logran quebrantar y modificar la organización del yo, de modo que su relación adecuada con la realidad queda perturbada o aun anulada. Ya lo hemos visto en el sueño: si el yo se desprende de la realidad del mundo exterior, cae, por influjo del mundo interior, en la psicosis.

Sobre estos conocimientos se basa nuestro plan terapéutico. El yo está debilitado por el conflicto interno y debemos acudir en su ayuda. Sucede como en una guerra civil que ha de decidirse mediante el socorro de un aliado extranjero. El médico analista y el yo debilitado del enfermo, apoyados en el mundo real exterior, deben tomar partido contra los enemigos, es decir, contra las exigencias instintivas del ello y las exigencias de conciencia que sustenta el superyo. Establecemos un pacto con nuestro aliado. El yo enfermo nos promete plena sinceridad, es decir, nos pone a disposición todo

el material que le suministra la percepción de sí mismo; por nuestra parte, le aseguramos la más estricta discreción y ponemos a su servicio nuestra experiencia en la interpretación del material influido por el inconsciente. Nuestro saber ha de compensar su ignorancia, ha de restituir a su yo el dominio sobre los territorios perdidos de la vida psíquica. En este pacto consiste la situación analítica.

Mas apenas hemos dado este paso, ya nos espera la primera defraudación, el primer llamado a la modestia. Para que el yo del enfermo sea un aliado útil en nuestra labor común, será preciso que, a pesar de su hostigamiento por las potencias enemigas, haya conservado cierta medida de cohesión, cierto resto de reconocimiento de las exigencias que plantea la realidad. Pero no esperemos tal cosa en el yo del psicótico, que no podrá cumplir semejante pacto y apenas si podrá concertarlo. Al poco tiempo habrá arrojado nuestra persona, junto con la ayuda que le ofrecemos, al montón de los elementos exteriores que ya nada le importan. Con ello reconocemos la necesidad de renunciar a la aplicación de nuestro plan terapéutico en el psicótico. Esta renuncia quizá sea definitiva, o quizá sólo transitoria, hasta que hayamos encontrado otro plan más eficaz en este caso.

Pero aún hay otra clase de enfermos psíquicos, sin duda muy emparentados con los psicóticos: la inmensa masa de los neuróticos. Tanto las condiciones de la enfermedad como los mecanismos patogénicos deben ser idénticos, o por lo menos muy análogos, en estos en-

fermos; pero, en cambio, su yo ha demostrado ser más resistente, ha sufrido menor desorganización. Pese a todos sus trastornos y a la incapacidad consiguiente, muchos de ellos aún consiguen afirmarse en la vida real. Quizá estos neuróticos se muestren dispuestos a aceptar nuestra ayuda, de modo que limitaremos a ellos nuestro interés y trataremos de ver cómo y hasta qué punto podemos "curarlos".

Así, pues, sellamos con los neuróticos el siguiente pacto: plena sinceridad contra estricta discreción. Este trato impresiona como si sólo quisiéramos oficiar de confesores laicos; pero la diferencia es muy grande, pues no deseamos averiguar solamente lo que el enfermo sabe y oculta ante otros, sino que también ha de contarnos lo que no sabe. Con tal objeto le suministramos una determinación más precisa de lo que comprendemos por sinceridad. Lo comprometemos a ajustarse a la *regla fundamental* del análisis, que en el futuro habrá de regir su conducta frente a nosotros. No sólo deberá comunicarnos lo que nos dice intencionadamente y de buen grado, lo que le ofrece el mismo alivio que cualquier confesión, sino también todo lo demás que le suministre su autoobservación, cuanto le venga a la mente, por más que le sea *desagradable* decirlo y aunque le parezca *carente de importancia* o aun *insensato y absurdo*. Si después de esta indicación consigue eliminar su autocrítica, nos suministrará una cantidad de material, ideas, ocurrencias, recuerdos, que ya se encuentran bajo el influjo del inconsciente, que a menudo son derivados directos de éste y que nos colocan en

situación de adivinar lo inconsciente y reprimido en este enfermo, ampliándole, al comunicárselo, el conocimiento que su propio yo tiene de su inconsciente.

Pero la intervención de su yo está lejos de limitarse a ofrecernos, en pasiva obediencia, el material solicitado, y a aceptar crédulamente nuestra traducción del mismo. Suceden muchas otras cosas: algunas que podíamos prever, otras que han de sorprendernos. La más extraña es que el paciente no se limita a considerar al analista, a la luz de la realidad, como sostén y consejero, al que además se retribuyen sus esfuerzos y que, a su vez, estaría muy dispuesto a conformarse con una función parecida a la del guía en una ardua excursión alpina; por el contrario, el enfermo ve en aquél una copia —una reencarnación— de alguna persona importante de su infancia, de su pasado, transfiriéndole, pues, los sentimientos y las reacciones que seguramente correspondieron a ese modelo pretérito. Al poco tiempo, este fenómeno de la *transferencia* resulta ser un factor de insospechada importancia: por un lado, un recurso auxiliar de valor sin igual; por el otro, una fuente de graves peligros. Esta transferencia es *ambivalente*; comprende actitudes tanto positivas y cariñosas, como negativas y hostiles frente al analista que, por lo general, es colocado en lugar de un personaje parental, del padre o de la madre. Mientras la transferencia sea positiva nos rinde los mejores servicios; modifica toda la situación analítica, aparta a un lado el propósito racional de llegar a curar y de librarse del sufrimiento. En su lugar aparece el propósito de agra-

dar al analista, de conquistar su aplauso y su amor. Se convierte así en el verdadero motor de la colaboración del paciente; el débil yo se fortalece, y bajo el influjo de la transferencia logra lo que de otro modo le sería imposible; abandona sus síntomas y se cura aparentemente: todo por amor al analista. Éste podrá confesarse, avergonzado, que emprendió una tarea dificultosa sin sospechar cuán extraordinarios poderes le vendrían a las manos.

La relación de transferencia entraña además otras dos ventajas. El paciente, colocando al analista en lugar de su padre —o de su madre—, también le confiere el poderío que su superyo ejerce sobre el yo, pues estos padres fueron otrora origen del superyo. El nuevo superyo tiene ahora la ocasión de llevar a cabo una especie de *reeducción* del neurótico, y puede corregir los errores cometidos por los padres en su educación. Aquí debemos advertir, empero, contra el abuso de este nuevo influjo. Por más que al analista le tienta convertirse en maestro, modelo e ideal de otros, por más que le seduzca crear seres a su imagen y semejanza, deberá recordar que no es ésta su misión en el vínculo analítico y que traiciona su deber si se deja llevar por tal inclinación. Con ello no hará sino repetir un error de los padres que aplastaron con su influjo la independencia del niño, y sólo sustituirá la antigua dependencia por una nueva. Por el contrario, en todos sus esfuerzos por mejorar y educar, el analista respeta siempre la peculiaridad del paciente. La medida del influjo que se permitirá legítimamente, deberá adaptar-

se al grado de inhibición evolutiva que halle en su paciente. Algunos neuróticos han quedado tan infantiles que aun en el análisis sólo es posible tratarlos como a niños.

La transferencia tiene también otra ventaja: el paciente nos presenta en ella, con plástica nitidez, un trozo importante de su vida, que de otro modo quizá sólo hubiese descrito en escasa medida. En cierto modo actúa ante nosotros en lugar de referir.

Veamos ahora el reverso de esta relación. La transferencia, al reproducir los vínculos con los padres, también asume su ambivalencia. No se podrá evitar que la actitud positiva frente al analista se convierta algún día en negativa, hostil. Tampoco ésta suele ser más que una repetición del pasado. La docilidad frente al padre (si de éste se trata), la conquista de su favor, surgieron de un deseo erótico dirigido a su persona. En algún momento, esta pretensión también aflora en la transferencia, exigiendo satisfacción. En la situación analítica no puede menos que tropezar con la defraudación, pues las relaciones sexuales reales entre paciente y analista están excluidas, y tampoco las formas más sutiles de satisfacción, como la preferencia, la intimidad, etc., son concedidas por el análisis más que en exigua medida. Semejante rechazo sirve de pretexto para el cambio de actitud, cosa que probablemente también ocurrió en la infancia del paciente.

Los éxitos terapéuticos alcanzados bajo la égida de la transferencia positiva justifican la sospecha de su índole *sugestiva*. Una vez que la transferencia negati-

va adquiere supremacía, son barridos como el polvo por el viento. Advertimos, sobresaltados, que todos los esfuerzos realizados han sido vanos. Hasta lo que podíamos considerar como un progreso intelectual definitivo del paciente —su comprensión del psicoanálisis, su confianza en la eficacia de éste— desaparecen en un instante. Se conduce como un niño sin juicio propio, que cree ciegamente en quien haya conquistado su amor, pero en ningún extraño. A todas luces, el peligro de estos estados transferenciales reside en que el paciente confunde su índole, tomando por vivencias reales y actuales lo que no es sino un reflejo del pasado. Si él (o ella) llega a sentir la fuerte pulsión erótica que se esconde tras la transferencia positiva, cree haberse enamorado apasionadamente; al virar la transferencia, se considera ofendido y descuidado, odia al analista como si fuera su enemigo y está dispuesto a abandonar el análisis. En ambos casos extremos habrá echado al olvido el pacto aceptado al iniciar el tratamiento; en ambos casos se habrá tornado inepto para la prosecución de la labor común. En cada una de estas situaciones, el analista tiene el deber de arrancar al paciente de tal ilusión peligrosa, mostrándole, sin cesar, que lo que toma por una nueva vivencia real, sólo es un espejismo del pasado. Y para que no caiga en un estado inaccesible a toda prueba, se procura evitar que tanto el enamoramiento como la hostilidad alcancen grado extremo. Se consigue tal cosa preparándole precozmente para esa eventualidad y no dejando pasar inadvertidos los primeros indicios de la misma. Esta prudencia en el

manejo de la transferencia suele rendir copiosos frutos. Si, como sucede generalmente, se logra aclarar al paciente la verdadera naturaleza de los fenómenos transferenciales, se habrá restado un arma poderosa a la resistencia, cuyos peligros se habrán convertido en conquistas, pues lo que el paciente haya vivenciado en las formas de la transferencia, eso no lo olvidará jamás, eso tendrá para él mayor fuerza de convicción que cuanto haya adquirido de cualquier otra manera.

Nos resulta muy inconveniente que el paciente *actúe* fuera de la transferencia, en lugar de limitarse a recordar; lo ideal para nuestros fines sería que fuera del tratamiento se condujera de la manera más normal posible, expresando sólo en la transferencia sus reacciones anormales.

Nuestros esfuerzos para fortalecer al yo debilitado parten de la ampliación de su autoconocimiento. Sabemos que esto no es todo, pero es el primer paso. La pérdida de tal reconocimiento de sí mismo implica, para el yo, un déficit de poderío e influencia, es el primer indicio tangible de que se encuentra cohibido por las demandas del ello y del superyó. Así, la primera parte del socorro que pretendemos prestarle es una labor intelectual de parte nuestra y una invitación a colaborar en ella, para el paciente. Sabemos que esta primera actividad ha de allanarnos el camino hacia otra tarea, más dificultosa, cuya parte dinámica no habremos perdido de vista durante aquella introducción. El material para nuestro trabajo lo tomamos de distintas fuentes, de lo que nos indican sus comunicaciones y

asociaciones libres, de lo que nos muestra en sus transferencias, de lo que nos ofrece la interpretación de sus sueños, de lo que traicionan sus *actos fallidos*. Todo este material nos permite reconstruir, tanto lo que le sucedió alguna vez, siendo luego olvidado, como lo que ahora sucede en él, sin que lo comprenda. Mas en todo esto jamás olvidaremos discernir estrictamente nuestro saber del suyo. Evitaremos comunicarle al punto cosas que muchas veces adivina inmediatamente, y tampoco le diremos todo lo que creamos haber adivinado. Reflexionaremos detenidamente sobre la oportunidad en que convenga hacerle partícipe de alguna de nuestras construcciones; aguardaremos el momento que nos parezca más oportuno, decisión que no siempre resulta fácil. Por regla general, diferimos la comunicación de una construcción, su revelación, hasta que el propio paciente se haya acercado a la misma en grado tal que sólo le quede por dar un paso, aunque éste sea, precisamente, el de la síntesis decisiva. Si procediéramos de otro modo, si le asaltáramos con nuestras interpretaciones antes de que estuviese preparado para ellas, nuestra comunicación no tendría resultado alguno, o bien provocaría una violenta erupción de la *resistencia*, que podría dificultar o aun tornar problemática la prosecución de nuestra labor común. Pero si lo hemos preparado suficientemente, a menudo logramos que el paciente confirme al punto nuestra construcción y recuerde, a su vez, el proceso interior o exterior que había sido olvidado. Cuanto más fielmente coincida la construcción con los detalles de lo olvi-

dado, tanto más fácil será lograr su asentimiento. Nuestro saber de este elemento se habrá convertido, entonces, también en su saber.

Al mencionar la resistencia hemos abordado la segunda parte, la más importante de nuestra tarea. Ya sabemos que el yo se protege mediante contracargas contra la irrupción de elementos ingratos, oriundos del ello, inconsciente y reprimido, y que la integridad de esas contracargas es una condición ineludible de su funcionamiento normal. Ahora bien: cuanto más acosado se sienta el yo, tanto más tenazmente se aferrará, cual si estuviera intimidado, a estas contracargas, con el fin de proteger su precaria existencia contra nuevas irrupciones. Pero esta tendencia defensiva es incompatible con los propósitos de nuestro tratamiento. Por el contrario, queremos que el yo, envalentonado por la seguridad que le promete nuestro apoyo, ose emprender el ataque para reconquistar lo perdido. En este trance, la fuerza de las contracargas, se nos hace sentir como *resistencias* contra nuestra labor. El yo retrocede, asustado, ante empresas que le parecen peligrosas y que amenazan provocarle displacer; para que no se nos resista, es preciso que lo animemos y aplaquemos sin cesar. Esta resistencia, que perdura durante todo el tratamiento, renovándose con cada nuevo avance del análisis, la llamamos, un tanto incorrectamente, *resistencia de la represión*. Ya veremos que no es la única cuya aparición debemos esperar. Es interesante que en esta situación se truecan de cierta manera los secuaces de cada bando, pues el yo se resiste contra nuestros estímu-

los, mientras que el inconsciente, por lo general enemigo nuestro, acude en nuestra ayuda animado por su "flotabilidad" natural, ya que ninguna tendencia suya es tan poderosa como la de irrumpir al yo y ascender a la conciencia, a través de las barreras que se le ha impuesto. La lucha desencadenada cuando alcanzamos nuestro propósito, logrando inducir al yo a que supere sus resistencias, se lleva a cabo bajo nuestra conducción y con nuestro auxilio. Es indiferente qué desenlace tenga: si llevará a que el yo acepte, previo nuevo examen, una exigencia instintiva que hasta el momento había rechazado, o si vuelve a condenarla, esta vez definitivamente. En ambos casos se habrá eliminado un peligro permanente, se habrán ampliado los límites del yo y se habrá tornado superfluo un costoso despliegue de energía.

La superación de las resistencias es aquella parte de nuestra labor que demanda mayor tiempo y máximo esfuerzo. Pero también rinde sus frutos, pues significa una ventajosa modificación del yo, que subsistirá y se impondrá en la vida, cualquiera que sea el destino de la transferencia. Al mismo tiempo, eliminamos paulatinamente aquella modificación del yo establecida bajo el influjo del inconsciente, pues cada vez que hallamos productos del mismo en el yo, nos apresuramos a señalar su origen ilegítimo, incitando al yo a rechazarlas. Recordemos que una de las condiciones previas de nuestro pactado auxilio consiste en que esta modificación del yo por irrupción de elementos inconscientes no sobrepase determinada medida.

A medida que progresa nuestra labor y se profundiza nuestra visión de la vida psíquica del neurótico, se destacan cada vez más claramente dos nuevos factores, que merecen la mayor consideración como fuentes de resistencia. Ambos son completamente ignorados por el enfermo y no pudimos tenerlos en cuenta al concertar nuestro pacto; además, no se originan en el yo del paciente. Podemos comprenderlos bajo el término común de necesidad de enfermedad o de sufrimiento, pero cada uno es de distinta procedencia, aunque de índole emparentada. El primero de estos dos factores es el sentimiento de culpabilidad o conciencia de culpabilidad, como también se llama, pasando por alto el hecho de que el enfermo no lo siente ni lo reconoce. Sin duda se trata de la contribución aportada a la resistencia por un superyo que se ha tornado particularmente duro y cruel. El individuo no ha de curar, sino que seguirá enfermo, pues no merece nada mejor. Esta resistencia no perturba en realidad nuestra labor intelectual, pero le resta eficacia, y aunque muchas veces nos permite superar una forma de neurosis, se dispone inmediatamente a sustituirla por otra y, en último caso, por una enfermedad somática. Este sentimiento de culpabilidad también explica la ocasional curación o mejoría de graves neurosis bajo el influjo de desgracias reales; en efecto: se trata tan sólo de que uno esté sufriendo, no importa de qué manera. La tranquila resignación con que tales personas suelen llevar su pesado destino, es muy curiosa, pero también reveladora. Al combatir esta resistencia, hemos de limitarnos a hacerla

consciente y a tratar de reducir paulatinamente el superyo hostil.

No es tan fácil revelar la existencia de otra resistencia, ante cuya eliminación nos encontramos particularmente inermes. Entre los neuróticos existen personas en las cuales, a juzgar por todas sus reacciones, el instinto de autoconservación ha experimentado nada menos que una inversión diametral. Estas personas no parecen perseguir otra cosa, sino dañarse a sí mismas y autodestruirse. Quizá también pertenezcan a este grupo las que realmente concluyen por suicidarse. Suponemos que en ellas se han producido amplias escisiones de los instintos, que liberaron excesivas cantidades del instinto de destrucción dirigido hacia dentro. Tales pacientes no pueden tolerar la curación por nuestro tratamiento y le resisten con todos los medios a su alcance. Pero nos apresuramos a confesar que éste es un caso cuyo esclarecimiento aún no hemos logrado del todo.

Contemplemos una vez más la situación en que nos hemos colocado con nuestra tentativa de auxiliar al yo neurótico. Éste no puede cumplir ya la tarea que le impone el mundo exterior, inclusive la sociedad humana. No dispone de todas sus experiencias; se le ha sustraído gran parte de su caudal de recuerdos. Su actividad es coartada por severas prohibiciones del superyo: su energía se consume en inútiles tentativas de rechazar las exigencias del ello. Además, las incesantes irrupciones del ello han trastornado su organización, lo han dividido, ya no le permiten establecer una síntesis

ordenada y lo dejan a merced de tendencias opuestas entre sí, de conflictos no solucionados, de dudas no resueltas. Ante todo, hacemos que este yo debilitado del paciente participe en la labor interpretativa puramente intelectual, que persigue el relleno provisional de las lagunas de su patrimonio psíquico; dejamos que nos transfiera la autoridad de su superyo; lo hostigamos para que asuma la lucha en pro de cada una de las exigencias del ello y para que supere las resistencias despertadas al proceder así. Simultáneamente, restablecemos el orden en su yo, investigando los contenidos y las tendencias que han irrumpido del inconsciente y exponiéndolas a la crítica mediante la reducción a su verdadero origen. Aunque servimos al paciente en distintas funciones, como sustitutos de la autoridad de los padres, como maestros y educadores, nuestro mayor auxilio se lo rendimos cuando, en calidad de analistas, elevamos al nivel normal los procesos psíquicos de su yo, cuando convertimos en preconscious lo reprimido y lo que se ha tornado inconsciente, volviendo a restituirlo así al dominio del yo. Por parte del paciente, contamos con la ayuda de algunos factores racionales, como la necesidad de curación motivada por su sufrimiento y el interés intelectual que en él podemos despertar por las teorías y revelaciones del psicoanálisis; pero la ayuda más poderosa es la transferencia positiva que el paciente nos ofrece. En cambio, tenemos por enemigos la transferencia negativa, la resistencia represiva del yo, es decir, su escasa disposición a exponerse al pesado trabajo que se le encarga, además del sen-

timiento de culpabilidad surgido de la relación con el superyo, y de la necesidad de sentirse enfermo motivada por profundas transformaciones de su economía instintiva. La parte que corresponda a estos dos últimos factores decidirá el carácter leve o grave de un caso. Independientemente de estos factores, pueden reconocerse aún otros de carácter favorable o desfavorable. Así, no puede convenirnos cierta inercia psíquica, una escasa movilidad de la libido que no quiere abandonar sus fijaciones; por otra parte, desempeña un gran papel favorable la capacidad de la persona para sublimar sus instintos, así como su facultad para elevarse sobre la vida instintiva grosera y, por fin, la potencia relativa de sus funciones intelectuales.

No ha de sorprendernos, sino que consideraremos enteramente comprensible, la conclusión de que el resultado final de la lucha emprendida depende de relaciones cuantitativas, del caudal de energía que podamos movilizar a nuestro favor en el paciente, comparado con la suma de las energías que despliegan las instancias hostiles a nuestros esfuerzos. También aquí Dios está con los ejércitos más poderosos: por cierto no logramos vencer siempre, pero al menos podemos reconocer casi siempre por qué no hemos vencido. Quien haya seguido nuestra exposición, animado tan sólo por un interés terapéutico, quizá se aparte despectivamente después de esta confesión. Pero la terapia sólo nos concierne aquí en la medida en que trabaja con recursos psicológicos pues hasta el momento no disponemos de otros. El futuro podrá enseñarnos a influir directamen-

te, con sustancias químicas particulares, sobre las cantidades de energía y sobre su distribución en el aparato psíquico. Quizá surjan aún otras posibilidades terapéuticas todavía insospechadas; por ahora no disponemos de nada mejor que la técnica psicoanalítica, y por eso no se debería desdeñarla, pese a todas sus limitaciones.

CAPÍTULO VII

UNA MUESTRA DE LA LABOR PSICOANALÍTICA

Hemos logrado una noción general del aparato psíquico; de las partes, órganos e instancias que lo componen; de las fuerzas que en él actúan; de las funciones que desempeñan sus sectores. Las neurosis y las psicosis son los estados en que se manifiestan los trastornos funcionales del aparato. Hemos elegido las neurosis como objeto de nuestro estudio, porque sólo ellas parecen accesibles a los métodos psicológicos de que disponemos. Mientras nos esforzamos por influirlas, recogemos observaciones que nos ofrecen una noción de su origen y de su modo de formación.

Anticiparemos uno de nuestros resultados principales a la descripción que nos disponemos a emprender. Las neurosis no tienen causas patogénicas específicas, como, por ejemplo, las enfermedades infecciosas. Sería vana tarea tratar de buscar en ellas agentes patogénicos. Transiciones graduales llevan de ellas a la así llamada

normalidad y, por otra parte, quizá no exista ningún estado reconocidamente normal en el que no se pudieran comprobar asomos de rasgos neuróticos. Los neuróticos traen consigo disposiciones más o menos idénticas a las de otros seres, sus vivencias son las mismas, y no tienen otra tareas que cumplir. ¿Por qué, entonces, su vida es tanto peor y tan difícil; por qué sufren en ella mayor displacer, angustia y dolores?

La respuesta a esta cuestión no puede ser difícil. Son *disarmonías* cuantitativas las responsables de la insuficiencia y los sufrimientos de los neuróticos. Como sabemos, la causa de todas las conformaciones que adopta la vida psíquica humana debe buscarse en la interacción de las disposiciones congénitas y las vivencias accidentales. Ahora bien: determinado instinto puede estar dotado de una disposición demasiado fuerte o demasiado débil; cierta capacidad quedará rudimentaria o no se desarrollará suficientemente en la vida; por otra parte, las impresiones y vivencias exteriores pueden plantear demandas dispares a los distintos individuos, y la que aún es accesible a la constitución de uno, ya podrá ser una empresa insuperable para la de otro. Estas diferencias cuantitativas decidirán la diversidad de los desenlaces.

No tardaremos en advertir, empero, la insuficiencia de esta explicación, que es demasiado general, que explica demasiado. La etiología indicada rige para todos los casos de sufrimientos, miseria e inhibición psíquica, pero no se puede llamar neuróticos a todos los estados así causados. Las neurosis tienen carácter espe-

cífico, son padecimientos de especie peculiar. Por consiguiente, tendremos que hallar causas específicas para ellas, o bien imaginarnos que entre las tareas impuestas a la vida psíquica hay algunas en que fracasa con particular facilidad, de modo que la peculiaridad de los fenómenos neuróticos, tan extraños a menudo, sería reducible a esa circunstancia, sin que necesitemos contradecir nuestras anteriores afirmaciones. De ser cierto que las neurosis no discrepan esencialmente de lo normal, su estudio promete ofrecernos preciosas contribuciones al conocimiento de esta normalidad. Al emprenderlo quizá descubriremos los "puntos débiles" de toda organización normal.

Esta presunción nuestra se confirmará, pues la experiencia analítica enseña que existe, en efecto, una exigencia instintiva cuya superación fracasa con la mayor facilidad o que sólo tiene éxito parcial; además, que hay una época de la vida a la cual cabe referir exclusiva o predominantemente la formación de las neurosis. Ambos factores —naturaleza del instinto y época de la vida— exigen consideración separada, por más que tengan bastantes vínculos entre sí.

Podemos pronunciarnos con cierta seguridad sobre el papel que desempeña la época de la vida. Parece que las neurosis sólo pueden originarse en la primera infancia (hasta los seis años), aunque sus síntomas no lleguen a acusarse sino mucho más tarde. La neurosis infantil puede manifestarse durante algún tiempo, o aun pasar completamente inadvertida. En todos los casos la neurosis ulterior arranca de ese prólogo infantil. Quizá

sea una excepción la denominada neurosis traumática, motivada por un susto desmesurado, por profundas conmociones somáticas, como choques de ferrocarril, derrumbes, etc.; por lo menos, hasta ahora no conocemos sus vinculaciones con la condición infantil. Es fácil explicar la predilección etiológica por el primer período de la infancia. Como sabemos, las neurosis son afecciones del yo, y no es de extrañar que éste, mientras es débil, inacabado e incapaz de resistencia, fracase ante tareas que más tarde podría resolver con la mayor facilidad. (En tal caso, tanto las exigencias instintivas interiores como las excitaciones del mundo exterior actúan en calidad de "traumas", particularmente si son favorecidas por ciertas disposiciones.) El inerte yo se defiende contra ellas mediante tentativas de fuga (*represiones*) que más tarde resultarán ser inadecuadas e implicarán limitaciones definitivas del desarrollo ulterior. El daño que sufre el yo bajo el efecto de sus primeras vivencias nos parece desmesurado, pero bastará recordar, como analogía, los distintos efectos que se obtiene en las experiencias de Roux, al pinchar con una aguja el cúmulo de células germinativas y en plena división, en lugar de dirigir el pinchazo contra el animal adulto, desarrollado de aquel germen. Ningún individuo humano queda a salvo de tales vivencias traumáticas; ninguno se verá libre de las represiones motivadas por ellas, y quizá semejantes reacciones peligrosas del yo hasta sean imprescindibles para alcanzar otro objetivo puesto a esa época de la vida. En efecto: el pequeño ser primitivo ha de convertirse al cabo de pocos años

en un ser humano civilizado, deberá cubrir, en abreviación casi inaudita, una parte desmesuradamente larga de la evolución cultural humana. La posibilidad de hacerlo está dada en sus disposiciones hereditarias, pero casi siempre será imprescindible la ayuda de la educación y del influjo parental que, como predecesores del superyo, limitan la actividad del yo con prohibiciones y castigos, estimulando o imponiendo las represiones. Por tanto, no olvidemos incluir también la influencia cultural entre las condiciones de la neurosis. Nos damos cuenta que al bárbaro le resulta fácil conservar la salud, mientras que para el hombre civilizado esto es una pesada tarea. Comprenderemos el anhelo de tener un yo fuerte y libre de trabas, pero, como lo muestra la época actual, esa aspiración es profundamente adversa a la cultura. Así, pues, ya que las demandas culturales son representadas por la educación en el seno de la familia, también deberemos considerar en la etiología de las neurosis ese carácter biológico de la especie humana que es el prolongado período de dependencia infantil.

En cuanto al otro elemento, el factor instintivo específico, descubrimos aquí una interesante disonancia entre la teoría y la experiencia. Teóricamente no hay objeción alguna contra la suposición de que cualquier exigencia instintiva podría dar lugar a las mismas represiones, con todas sus consecuencias, pero nuestra observación nos demuestra regularmente, en la medida en que podemos apreciarlo, que las excitaciones patogénicas proceden de instintos parciales de la vida sexual. Podría decirse que los síntomas de las neurosis siempre

son, o bien satisfacciones sustitutivas de una tendencia sexual cualquiera, o mecanismos dirigidos a su coartación, aunque por lo general representan compromisos entre ambas tendencias, establecidos entre antagonismos, de acuerdo con las leyes que rigen el inconsciente. Por ahora no podemos colmar esta laguna de nuestra teoría; toda decisión al respecto es dificultada por la circunstancia de que las pulsiones de la vida sexual no son, en su mayor parte, de naturaleza erótica, sino productos de aleaciones de elementos eróticos con otros procedentes del instinto de destrucción. Mas no puede caber la menor duda de que aquellos instintos que se manifiestan fisiológicamente como sexualidad, desempeñan un papel predominante y de inesperada magnitud en la causación de las neurosis, y aun queda por establecer si su intervención no es exclusiva. Además, debe tenerse en cuenta que ninguna otra función ha sido rechazada tan enérgica y profundamente como la sexual, en el curso de la evolución recorrida por la cultura. Nuestra teoría deberá conformarse con las siguientes alusiones, que revelan un nexo más profundo. Ante todo, el primer período de la infancia, durante el cual comienza a diferenciarse el yo del ello, también es la época del primer florecimiento de la sexualidad, que finaliza con el período de latencia; además, no puede considerarse casual el hecho de que esta importante época previa sea víctima, más tarde, de la amnesia infantil; por fin, en la evolución del animal hacia el hombre deben haber tenido suma importancia ciertas innovaciones biológicas de la vida sexual, como precisamen-

te aquel doble comienzo de la función, la pérdida del carácter periódico de la excitabilidad sexual, y el cambio en la relación entre la menstruación femenina y la excitación masculina. La ciencia futura tendrá la misión de integrar en conceptos nuevos estas nociones que aun se encuentran inconexas. No es la psicología, sino la biología, la que al respecto presenta una laguna. Quizá no estemos errados al decir que el punto débil de la organización del yo reside en su actitud frente a la función sexual, como si la antinomia biológica entre la conservación de sí mismo y la conservación de la especie hubiese logrado aquí expresión psicológica.

La experiencia analítica nos ha convencido de la plena veracidad que reviste la tan frecuentemente oída afirmación, según la cual el niño sería psicológicamente el padre del adulto, y las vivencias de sus años primeros tendrían inigualada importancia para toda su vida futura; por consiguiente, será particularmente interesante para nosotros comprobar que existe algo así como una vivencia central de ese período infantil. Ante todo, nos llaman la atención las consecuencias de ciertos influjos que no afectan a todos los niños, por más que ocurran con no poca frecuencia, como, por ejemplo, los abusos sexuales cometidos por adultos en niños, la seducción de éstos por otros niños algo mayores (hermanos), y —cosa ésta que nos resulta inesperada— la conmoción que las relaciones sexuales entre los adultos (padres) producen en los niños, cuando llegan a presenciarse como testigos auditivos o visuales, por lo general en una época en que no se les atribuiría interés

ni comprensión por tales vivencias, ni tampoco la capacidad de recordarlas ulteriormente. Es fácil comprobar la medida en que la receptividad sexual del niño es despertada por semejantes vivencias, y cómo sus propias tendencias sexuales son dirigidas por aquéllas hacia determinadas vías que ya no podrán abandonar más. Dado que estas impresiones sufren la represión, ya sea inmediatamente o en cuanto traten de retornar como recuerdos, constituyen la condición básica para la compulsión neurótica que más tarde impedirá al *yo* dominar su función sexual y que, probablemente, le inducirá a apartarse de ésta en forma definitiva. Esta última reacción tendrá por consecuencia una neurosis, pero en caso de que no se produzca, aparecerán múltiples perversiones o una insubordinación completa de esa función, tan importante, no sólo para la procreación, sino también para toda la estructuración de la vida.

Por instructivos que sean tales casos, nuestro interés se orienta en grado aún mayor a la influencia de una situación que todos los niños están condenados a sufrir y que resulta irremediablemente de la prolongada dependencia infantil y de la vida en común con los padres. Me refiero al *complejo de Edipo*, así denominado porque su asunto esencial se encuentra también en la leyenda griega del rey Edipo, cuya representación por un gran dramaturgo ha llegado felizmente a nuestros días. El héroe griego mata a su padre y toma por mujer a su madre. La circunstancia de que lo haga sin saberlo, al no reconocer como padres suyos a ambos personajes, es una discrepancia frente a la situación ana-

lítica, que comprendemos con facilidad y que aun consideramos imprescindible.

Tendremos que describir aquí, por separado, el desarrollo del varón y de la niña —del hombre y de la mujer—, pues la diferencia sexual adquiere ahora su primera expresión psicológica. El hecho biológico de la duplicidad de los sexos se alza ante nosotros cual un profundo enigma, como un fin para nuestros conocimientos, resistiendo toda reducción a nociones más fundamentales. El psicoanálisis no contribuyó con nada a la aclaración de este problema, que evidentemente es pleno patrimonio de la biología. En la vida psíquica sólo hallamos reflejos de esa gran polaridad, cuya interpretación es dificultada por el hecho, hace mucho tiempo sospechado, de que ningún individuo se limita a las modalidades reactivas de un solo sexo, sino que siempre concede cierto margen a las del sexo opuesto, igual que su cuerpo lleva, junto a los órganos desarrollados de un sexo, también los rudimentos atrofiados y a menudo inútiles del otro. Para diferenciar en la vida psíquica lo masculino de lo femenino recurrimos a una equiparación empírica y convencional, de evidente insuficiencia. Llamamos masculino a todo lo fuerte y activo; femenino a cuanto es débil y pasivo. Este hecho de que la bisexualidad también es psicológica pesa sobre todas nuestras indagaciones, dificulta su descripción.

El primer objeto erótico del niño es el seno materno que lo nutre; el amor aparece en anáclisis con las necesidades nutricias satisfechas. Al principio, el seno seguramente no es discernido del propio cuerpo, y cuan-

do debe ser separado de éste, desplazado hacia "*fuera*" por sustraerse tan frecuentemente al anhelo del niño, se lleva consigo, en calidad de "*objeto*", una parte de la carga libidinal originalmente narcisista. Este primer objeto se completa más tarde, hasta formar la persona de la madre, que no sólo alimenta, sino también cuida al niño y le provoca muchas otras sensaciones corporales, tanto placenteras como displacientes. En el curso de la higiene corporal, la madre se convierte en primera seductora del niño. En estas dos relaciones arraiga la singular, incomparable y definitivamente establecida importancia de la madre como primero y más poderoso objeto sexual, como modelo de todas las vinculaciones amorosas ulteriores, tanto en uno como en el otro sexo. Al respecto, las disposiciones filogenéticas tienen tal supremacía sobre las vivencias accidentales del individuo, que no importa en lo mínimo si el niño realmente succionó el pecho de la madre o si fué alimentado con biberón y no pudo gozar jamás el cariño del cuidado materno. En ambos casos su desarrollo sigue idéntico camino, y en el segundo ejemplo la añoranza ulterior quizá sea aún más poderosa. Por más tiempo que el niño haya sido alimentado por el pecho materno, el destete siempre dejará en él la convicción de que fue demasiado breve, demasiado poco.

Esta introducción no es superflua, pues aguzará nuestra comprensión de la intensidad que alcanza el complejo de Edipo. El varón de dos a tres años que alcanza la fase fálica de su evolución libidinal, que percibe sensaciones placenteras emanadas de su miembro

viril y que aprende a procurárselas a su gusto por la excitación manual, conviértese al punto en amante de la madre. Desea poseerla carnalmente, de las maneras que le hayan permitido adivinar sus observaciones y sus presunciones acerca de la vida sexual; busca seducirla mostrándole su miembro viril, cuya posesión le produce gran orgullo; en una palabra, su masculinidad precozmente despierta le induce a sustituir ante ella al padre, que ya fue antes su modelo envidiado a causa de la fuerza corporal que en él percibe y de la autoridad con que lo encuentra investido. Ahora, el padre es un rival que se opone en su camino y a quien quisiera eliminar. Si durante la ausencia del padre pudo compartir el lecho de la madre, siendo desterrado de éste una vez vuelto aquél, le impresionarán profundamente las vivencias de la satisfacción experimentada al desaparecer el padre y de la defraudación sufrida al regresar éste. He aquí el asunto del complejo de Edipo, que la leyenda griega trasladó del mundo fantástico infantil a una pretendida realidad. En nuestras condiciones culturales, este complejo sufre regularmente un final terrorífico.

La madre ha comprendido perfectamente que la excitación sexual del niño está dirigida a su propia persona, y en algún momento se le ocurrirá que no sería correcto dejarla en libertad. Cree actuar acertadamente al prohibirle la masturbación, pero esta prohibición tiene escaso efecto, y a lo sumo lleva a que se modifique la forma de la autosatisfacción. Por fin, la madre recurre al expediente más violento, amenazándolo con

quitarle esa cosa que el niño le exhibe tercamente. Generalmente atribuye al padre la realización de la amenaza, para tornarla más terrible y digna de crédito. Se lo dirá al padre, y éste le cortará el miembro. Aunque parezca extraño, esta amenaza sólo surte su efecto siempre que antes y después de ella haya sido cumplida otra condición, pues en sí misma, al niño le parece demasiado inconcebible que tal cosa pueda suceder. Pero si al proferirse esta amenaza puede recordar la contemplación de un órgano genital femenino, o si poco después llega a ver un órgano al cual le faltó, en efecto, esta parte apreciada por sobre todo lo demás, entonces toma en serio lo que le han dicho y, cayendo bajo la influencia del *complejo de castración*, sufre el trauma más poderoso de su joven vida ¹.

Las consecuencias de la amenaza de castración son múltiples e inabarcables, interviniendo en todas las relaciones del niño con el padre y la madre y, más tarde, con el hombre y la mujer en general. La masculinidad del niño casi nunca soporta esta primera conmoción. A fin de salvar su miembro sexual, renuncia más o menos completamente a la posesión de la madre, y a me-

¹ La castración tampoco falta en la leyenda de Edipo, pues la ceguera con que Edipo se castiga después de descubrir su crimen en un sucedáneo simbólico de la castración, según nos enseñan los sueños. No es imposible que en el efecto extraordinariamente terrorífico de la amenaza intervenga un recuerdo residual filogenético de la familia prehistórica, en la cual el padre celoso realmente privaba al hijo de los genitales cuando se le tornaba molesto como rival ante la mujer. La antiquísima costumbre de la circuncisión, otro sustituto simbólico de la castración, sólo puede comprenderse como expresión del sometimiento bajo la voluntad del padre (recuérdese los ritos puberales de los primitivos). Aún no se ha estudiado cómo transcurre la precedente evolución en los pueblos y culturas que no reprimen la masturbación infantil.

nudo su vida sexual soporta para siempre la carga de aquella prohibición. Si en él existe un poderoso componente femenino —como lo expresamos en nuestra terminología—, éste adquirirá mayor fuerza al coartarse la masculinidad. El niño cae en una actitud pasiva frente al padre, actitud que por lo demás atribuye a la madre. Las amenazas le habrán hecho abandonar la masturbación, pero no las fantasías acompañantes que, siendo la única forma de satisfacción sexual que ha conservado, son producidas en grado mayor que antes; en estas fantasías seguirá identificándose con el padre, pero al mismo tiempo, y quizá predominantemente, también con la madre. Los derivados y productos de transformación de tales fantasías masturbatorias precoces suelen integrar su yo ulterior y participar aún en la formación de su carácter. Independientemente de esta estimulación de su femineidad, se acrecentará en grado sumo el temor y el odio al padre. La masculinidad del niño se retrotrae en cierta manera hacia una actitud de terquedad frente al padre, actitud que dominará compulsivamente su futura conducta en la sociedad humana. Como residuo de la fijación erótica a la madre, suele establecerse una excesiva dependencia de ella, que más tarde continuará con la dependencia de la mujer. Ya no se atreve a amar a la madre, pero no puede arriesgarse a dejar de ser amado por ella, pues en tal caso correría peligro de que ésta lo traicionara ante el padre y lo expusiera a la castración. Estas vivencias, con todas sus condiciones previas y consecuencias, de las que sólo hemos descrito algunas, sufren una repre-

sión muy enérgica, y de acuerdo con las leyes del ello inconsciente, todas las pulsiones afectivas y las reacciones mutuamente antagonistas, que otrora fueron activadas, se conservan en el inconsciente dispuestas a perturbar, después de la pubertad, la evolución ulterior del yo. Si el proceso somático de la maduración sexual reanima las antiguas fijaciones libidinales, aparentemente superadas, la vida sexual quedará inhibida, careciendo de unidad y desintegrándose en tendencias mutuamente antagónicas.

Evidentemente, el efecto de la amenaza de castración sobre la vida sexual germinante del niño no siempre tiene estas terribles consecuencias. Una vez más, la medida del daño producido y la del evitado depende de circunstancias cuantitativas. Todo este suceso, que podemos considerar como vivencia central de los años infantiles, como máximo problema de la vida precoz y como fuente más poderosa de ulteriores insuficiencias, es olvidado tan completamente que su reconstrucción en la labor analítica tropieza con la más decidida incredulidad por parte del adulto. Más aún, el apartamiento de esos hechos llega a tal extremo que se pretende condenar al silencio toda mención del tema espinoso y que, con curiosa ceguera intelectual, se pasa por alto las expresiones más claras del mismo. Así, por ejemplo, pudo oírse la objeción de que la leyenda del rey Edipo nada tendría que ver, en el fondo, con la construcción del análisis, pues se trataría de un caso totalmente distinto, ya que Edipo no sabía que era su padre a quien había matado y su madre con quien

se había casado. Al decir tal cosa, se olvida que semejante deformación es imprescindible para dar expresión poética al tema y que no introduce en éste nada extraño, sino que sólo aprovecha hábilmente los elementos que el asunto contiene. La ignorancia de Edipo es una representación cabal del carácter inconsciente que la vivencia entera adquiere en el adulto, y la inexorabilidad del oráculo que absuelve o debería absolver al héroe, representa el reconocimiento de la inexorabilidad del destino que ha condenado a todos los hijos a sufrir el complejo de Edipo. En cierta ocasión, un psicoanalista¹ señaló la facilidad con que el enigma de otro héroe literario, del vacilante Hamlet descrito por Shakespeare, puede resolverse reduciéndolo al complejo de Edipo ya que el príncipe fracasa en la tentativa de castigar en otra persona algo que coincide con el contenido de sus propios deseos edípicos. La incompreensión general del mundo literario, empero, mostró entonces cuán grande es la disposición de la mayoría de los hombres a aferrarse a sus reprensiones infantiles².

No obstante, más de un siglo antes de aparecer el psicoanálisis, el francés Diderot confirmó la importancia del complejo de Edipo al expresar en los siguientes términos la diferencia entre prehistoria y

¹ Otto Rank (N. del T.)

² El nombre *William Shakespeare* es, con toda probabilidad, un seudónimo tras el cual se oculta un gran desconocido. Un hombre en el cual se cree reconocer al autor de las obras shakespearianas, Edward de Vere, Earl of Oxford, perdió a su amado y admirado padre en plena niñez y se desligó totalmente de su madre, que volvió a casarse poco después de enviudar.

cultura: *Si le petit sauvage était abandonné à lui-même qu'il conserva toute son imbécillité, et qu'il réunit au peu de raison de l'enfant au berceau la violence des passions de l'homme de trente ans, il tordrait le cou à son père et coucherait avec sa mère.* Me atrevo a declarar que, si el psicoanálisis no tuviese otro mérito que la revelación del complejo de Edipo reprimido, esto sólo bastaría para hacerlo acreedor a contarse entre las conquistas más valiosas de la humanidad.

En la niña pequeña, los efectos del complejo de castración son más uniformes y no menos decisivos. Naturalmente, la niña no tiene motivo para temer que perderá el pene, pero debe reaccionar frente al hecho de que no lo tiene. Desde el principio envidia al varón por el órgano que posee, y podemos afirmar que toda su evolución se desarrolla bajo el signo de la envidia fálica. Comienza por hacer infructuosas tentativas de imitar al varón, y más tarde trata de compensar su defecto con esfuerzos de mayor éxito, que por fin pueden conducirla a la actitud femenina normal. Si en la fase fálica trata de procurarse placer como el varón, mediante la excitación manual de los genitales, muchas veces no logra una satisfacción suficiente y extiende a toda su persona el juicio de la menorvalía de su pene rudimentario. Por lo común abandona pronto la masturbación porque no quiere que ésta le recuerde la superioridad del hermano o del compañero de juegos, y se aparta de toda forma de sexualidad.

Si la pequeña mujer persiste en su primer deseo de convertirse en un "chico", terminará en caso extremo

como homosexual manifiesta, y en otro caso expresará en su conducta ulterior rasgos manifiestamente masculinos, eligiendo una profesión varonil o algo por el estilo. El otro camino lleva al apartamiento de la madre amada, a quien la hija, bajo el influjo de la envidia fálica, no puede perdonar el que la haya traído al mundo tan escasamente dotada. En medio de este rencor abandona a la madre y la sustituye, en calidad de objeto amoroso, por otra persona, por el padre. Cuando se ha perdido un objeto amoroso, la reacción más directa consiste en identificarse con él, como si se quisiera recuperarlo desde dentro mediante la identificación. La niña pequeña aprovecha este mecanismo, y la vinculación con la madre cede la plaza a la identificación con la madre. La hijita se coloca en lugar de la madre, como, por otra parte, siempre lo ha hecho en sus juegos; quiere suplantarla ante el padre, y odia ahora a la madre que antes amara, aprovechando una doble motivación: la odia, tanto por celos, como por el rencor que le guarda debido a la falta de pene. Al principio, su nueva relación con el padre puede tener por contenido el deseo de disponer de su pene, pero pronto culmina en el otro deseo de que el padre le regale un hijo. De tal manera, el deseo del hijo ocupa el lugar del deseo fálico, o al menos se desdobra de éste.

Es interesante que la relación entre los complejos de Edipo y de castración se presente en la mujer de manera tan distinta y aun antagónica a la que adopta en el hombre. Como sabemos, en éste la amenaza de castración pone fin al complejo de Edipo; en la mujer

nos enteramos de que, por el contrario, el efecto de la falta de pene la impulsa hacia su complejo de Edipo. La mujer no sufre gran perjuicio si permanece en su actitud edípica femenina, para la cual se ha propuesto el nombre de "complejo de Electra". En tal caso, elegirá a su marido de acuerdo con las características paternas y estará dispuesta a reconocer su autoridad. Su anhelo de poseer un pene, anhelo en realidad inextinguible, puede llegar a satisfacerse si logra completar el amor al órgano, convirtiéndolo en amor al portador del mismo, como sucedió otrora, al avanzar del seno materno a la persona materna.

Si examinamos la experiencia del analista, preguntándonos qué formaciones psíquicas de sus pacientes son las más inaccesibles a su influjo, veremos que en la mujer es la envidia fálica, y en el hombre, la actitud femenina frente al propio sexo, actitud que, como sabemos, tiene por condición previa la pérdida del pene.

TERCERA PARTE

BENEFICIOS TEORICOS

CAPÍTULO VIII

EL APARATO PSÍQUICO Y EL MUNDO EXTERIOR

Todos los conocimientos generales y las premisas que mencionamos en el primer capítulo fueron adquiridos, naturalmente, mediante una minuciosa y paciente labor individual, de la que dimos un ejemplo en el capítulo precedente. Quisiéramos examinar ahora los beneficios para nuestro saber surgidos de aquella labor, y los caminos que se abren al progreso científico. En ese examen, advertiremos con sorpresa cuán frecuentemente nos vimos obligados a trascender los límites de las ciencias psicológicas, pero tendremos en cuenta que los fenómenos que nos ocupan, no pertenecen únicamente a la psicología, sino que también tienen su faz orgánico-biológica y, en consecuencia, al construir el psicoanálisis también hemos hecho importantes descubrimientos biológicos y no pudimos rehuir nuevas hipótesis de esta índole.

Limitémonos, por el momento, a la psicología. Ya reconocimos que no es posible separar científicamente

la normalidad psíquica de la anormalidad, de modo que, pese a su importancia práctica, sólo cabe atribuir valor convencional a esta diferenciación. Con ello hemos fundado nuestro derecho a comprender la vida psíquica normal mediante la indagación de sus trastornos, cosa que no sería lícita si estos estados patológicos, estas neurosis y psicosis, reconocieran causas específicas, de efecto similar al de los cuerpos extraños en patología.

El estudio de un trastorno psíquico fugaz, inofensivo y aun útil, que ocurre durante el reposo, nos ha suministrado la clave de las enfermedades anímicas permanentes y perniciosas para la vida. Ahora nos permitimos afirmar que la psicología de la conciencia no era capaz de comprender a la función psíquica normal mejor que al sueño. Los datos de la introspección consciente, los únicos de que disponía, demuestran su insuficiencia general para penetrar la plenitud y la complejidad de los procesos psíquicos, para revelar sus conexiones y para reconocer así las circunstancias de su perturbación.

Nuestra noción de un aparato psíquico de dimensión espacial, adecuadamente integrado y desarrollado bajo el influjo de las necesidades vitales; un aparato que sólo en un determinado punto y bajo ciertas condiciones da origen a los fenómenos de conciencia, nos ha permitido estructurar la psicología sobre una base semejante a la de cualquier otra ciencia natural, como, por ejemplo, la física. Ésta como aquélla, persiguen el fin de revelar, tras las propiedades (cualidades) del obje-

to investigado, que se dan directamente a nuestra percepción, algo que sea más independiente de la receptividad selectiva de nuestros órganos sensoriales y que se aproxima más al supuesto estado de cosas real. No esperemos captar este último, pues, según vemos, toda nueva revelación psicológica debe volver a traducirse al lenguaje de nuestras percepciones, del cual, evidentemente, no podemos liberarnos. He aquí la esencia y la limitación de la psicología. Es como si en la física declarásemos: contando con la suficiente agudeza visual, comprobaríamos que un cuerpo, sólido al parecer, consiste de partículas de determinada forma, dimensión y situación. Entretanto, tratamos de llevar al máximo, mediante recursos artificiales, la capacidad de rendimiento de nuestros órganos sensoriales, pero cabe esperar que todos estos esfuerzos nada cambiarán en definitiva. Lo real siempre seguirá siendo "incognoscible".

La elaboración intelectual de nuestras percepciones sensoriales primarias, nos permite reconocer en el mundo exterior relaciones y dependencias que pueden ser reproducidas o reflejadas fielmente en el mundo interior de nuestro pensamiento, poniéndonos su conocimiento en situación de "comprender" algo en el mundo exterior, de preverlo y, posiblemente, de modificarlo. Así procedemos también en psicoanálisis. Hemos hallado recursos técnicos que permiten colmar las lagunas en nuestros fenómenos conscientes, y los utilizamos tal como los físicos emplean el experimento. Por ese camino elucidamos una serie de procesos que,

en sí mismos, son "irreconocibles"; los insertamos en la serie de los que nos son conscientes, y si afirmamos, por ejemplo, la intervención de un determinado recuerdo inconsciente, sólo queremos decir que ha sucedido algo absolutamente incaptable para nosotros, pero algo que, si hubiese llegado a nuestra conciencia, sólo hubiese podido ser así, y no de otro modo.

Naturalmente, en cada caso dado, la crítica decidirá el derecho y el grado de seguridad que nos asisten para tales deducciones e interpolaciones; no puede negarse que esa decisión plantea a menudo grandes dificultades, que se expresan en la falta de unanimidad entre los psicoanalistas. La novedad del asunto, es decir, la falta de experiencia, es responsable de ese estado de cosas, pero también interviene un factor inherente al propio tema, ya que en psicología no siempre se trata, como en física, de cosas que sólo pueden despertar frío interés científico. Así, no nos extraña si una psicoanalista que no se ha convencido suficientemente de la intensidad de su propia envidia fálica, tampoco es capaz de prestar la debida consideración a este factor en sus pacientes. Mas, a la postre, estos errores originados en la ecuación personal no tienen mucha importancia. Si releyéramos viejos tratados de microscopía, nos asombraríamos de las extraordinarias condiciones que entonces debía cumplir el observador, cuando la técnica con este instrumento aún estaba en pañales, mientras que hoy ni siquiera se mencionan esas cosas.

No podemos bosquejar aquí un cuadro completo

del aparato psíquico y de sus funciones; por otra parte, tampoco lo permitiría el hecho de que el psicoanálisis aún no ha tenido tiempo de estudiar a fondo todas las funciones. Por consiguiente, nos limitaremos a repetir con mayor extensión los hechos reseñados en el capítulo inicial.

El núcleo de nuestra esencia está formado por el oscuro *ello*, que no se comunica directamente con el mundo exterior ni es accesible a nuestro conocimiento por intermedio de ninguna otra instancia. En este *ello* actúan los *instintos* orgánicos, formados a su vez por la mezcla en proporción variable, de dos fuerzas primordiales (Eros y destrucción), y diferenciados entre sí por sus respectivas relaciones con órganos y sistemas orgánicos. La única tendencia de estos instintos es la de alcanzar su satisfacción, que buscan mediante determinadas modificaciones de los órganos, producidas con ayuda de objetos del mundo exterior. Mas la satisfacción instintiva inmediata e inescrupulosa, tal como la exige el *ello*, llevaría con harta frecuencia a peligrosos conflictos con el mundo exterior y a la destrucción del individuo. El *ello* no tiene consideración alguna por la seguridad individual, no conoce el miedo o, para decirlo mejor, puede producir los elementos sensoriales de la angustia, pero no es capaz de aplicarlos. Los procesos posibles en los supuestos elementos psíquicos del *ello* y entre los mismos (*proceso primario*) discrepan ampliamente de los que la percepción consciente nos muestra en nuestra vida intelectual y afectiva; además, para ellos no rigen las

limitaciones críticas de la lógica, que rechaza una parte de estos procesos considerándolos inaceptables y tratando de anularlos.

El ello, alejado del mundo exterior, tiene un mundo propio de percepciones. Percibe con extraordinaria agudeza ciertas alteraciones de su interior, especialmente las variaciones de tensión de sus necesidades instintivas, elementos todos que se hacen conscientes como sensaciones de la serie placer-displacer. Desde luego, es difícil indicar por qué caminos y con ayuda de qué órganos terminales de la sensibilidad llegan a producirse esas percepciones. De todos modos, no cabe duda que las autopercepciones —tanto sensaciones generales indiferenciadas como sensaciones de placer-displacer— dominan con despótica tiranía los procesos del ello. El ello obedece al inexorable principio del placer. Mas no sólo el ello se conduce así. Parecería que también las actividades de las restantes instancias psíquicas sólo logran modificar el principio del placer, pero no anularlo, de modo que subsiste el problema— de suma importancia teórica y aún no resuelto— de cómo y cuándo se logra superar el principio del placer. La idea de que el principio del placer exige la reducción, y en el fondo quizá aun la extinción, de las tensiones instintivas (*Nirvana*), nos conduce a vinculaciones aún no consideradas entre el principio del placer y las dos fuerzas primordiales: Eros e instinto de muerte.

La otra instancia psíquica, que creemos conocer mejor y que nos resulta más fácil reconocer en nosotros

mismos, el denominado *yo*, se ha formado en aquella capa cortical del *ello* que, gracias a sus dispositivos para incorporar y rechazar los estímulos, se encuentra en contacto directo con el mundo exterior (con la *realidad*). El *yo*, basándose en la percepción consciente, ha sometido a su influencia sectores cada vez mayores y capas cada vez más profundas del *ello*, exhibiendo en la sostenida dependencia del mundo exterior el sello inextinguible de su primitivo origen (algo así como su marca de fábrica). Su función psicológica consiste en elevar los procesos del *ello* a un nivel dinámico superior (por ejemplo, convirtiendo energía móvil en energía fijada, como corresponde al estado preconscious); su función constructiva, en cambio, consiste en insertar, entre la exigencia instintiva y el acto destinado a satisfacerla, una actividad ideativa que, previa orientación en el presente y utilización de experiencias anteriores, trata de prever el éxito de los actos propuestos, por medio de acciones de tanteo o "exploradoras". De esta manera, el *yo* decide si la tentativa de satisfacción debe ser realizada o diferida, o bien si la exigencia del instinto habrá de ser reprimida de antemano, por peligrosa (*principio de realidad*). Así como el *ello* persigue exclusivamente el beneficio placentero, así el *yo* está dominado por la consideración de la seguridad. El *yo* tiene por función la autoconservación, que parece ser desdeñada por el *ello*. Utiliza las sensaciones angustiosas como señales que indican peligros amenazantes para su integridad. Dado que los restos mnémicos pueden tornarse cons-

cientes, igual que las percepciones, en particular por su asociación con restos del lenguaje, surge aquí la posibilidad de una confusión que podría llevar a desconocer la realidad. El yo se protege contra esto estableciendo el *juicio o examen de realidad*, que puede dejar a un lado en el sueño, una vez cumplidas las condiciones del estado del reposo. El yo, que trata de subsistir en un medio lleno de fuerzas mecánicas muy poderosas, es amenazado por peligros procedentes, en especial, de la realidad exterior, pero no sólo de allí. El propio ello es una fuente de peligros similares, debido a dos causas muy distintas. Ante todo, los instintos excesivamente fuertes pueden perjudicar al yo de manera análoga a los "estímulos" exorbitantes del mundo exterior. Es verdad que no pueden destruirlo, pero sí pueden aniquilar la organización dinámica que el yo posee, volviendo a convertirlo en una parte del ello. Además, la experiencia habrá enseñado al yo que la satisfacción de una exigencia instintiva, tolerable por sí misma, traería consigo peligros procedentes del mundo exterior, de modo que la propia exigencia instintiva se convierte así en un peligro. Por consiguiente, el yo combate en dos frentes: debe defender su existencia contra un mundo exterior que amenaza aniquilarlo, tanto como contra un mundo interior demasiado exigente. Emplea contra ambos los mismos métodos de defensa, pero el rechazo del enemigo interno es particularmente incompleto. Debido a la primitiva identidad y a la íntima vida en común que ambos han llevado ulteriormente, resulta difícil esca-

par a los peligros interiores, que subsisten como amenazas, por más que puedan ser domeñados transitoriamente.

Ya sabemos que el débil y rudimentario yo del primer período infantil queda definitivamente lisiado por los esfuerzos que se le imponen para defenderse contra los peligros característicos de esa época de la vida. El cuidado de los padres protege al niño contra los peligros que lo amenazan desde el mundo exterior; debe pagar esta seguridad con el miedo a la *pérdida del amor*, que le dejaría indefenso y a merced de los peligros exteriores. Este factor hace sentir su decisiva influencia en el resultado del conflicto, una vez que el niño llega a la situación del complejo de Edipo, en el cual se ve presa de la amenaza que la castración dirige contra su narcisismo, amenaza que ya ha sido primordialmente reforzada. El sinergismo entre ambos influjos —el peligro real actual, y el recordado, filogenéticamente establecido— impone al niño tentativas de defensa —represiones— que, si bien parecen adecuadas por el momento, resultarán psicológicamente insuficientes, una vez que la reanimación ulterior de la vida sexual haya exacerbado las exigencias instintivas que otrora pudieron ser rechazadas. Biológicamente expresada, esta condición equivale a un fracaso del yo en su tarea de dominar las excitaciones sexuales precoces, porque su inmadurez no le permite enfrentarlas. En este retardo de la evolución yoica frente a la evolución libidinal vemos la condición básica de la neurosis, y hemos de concluir que la neurosis podría evitarse si

se le ahorrara esa tarea al yo infantil, es decir, si se dejara en plena libertad la vida sexual del niño, como sucede en los pueblos primitivos. La etiología de las afecciones neuróticas quizá sea más compleja de lo que aquí hemos descrito, pero en todo caso hemos señalado una parte esencial de la complejidad etiológica. Tampoco debemos olvidar las influencias filogenéticas, que de alguna manera aun ignorada están representadas en el ello y que seguramente actúan sobre el yo, en esa época precoz, con mayor poder que en fases ulteriores. Por otra parte, alcanzamos a entrever que un endicamiento tan precoz del instinto sexual, una adhesión tan decidida del joven yo al mundo exterior, contra el mundo interior, actitud que se le impone merced a la prohibición de la sexualidad infantil, no puede dejar de ejercer influencia decisiva sobre la futura aptitud cultural del individuo. Las exigencias instintivas, alejadas de su satisfacción directa, se ven obligadas a adoptar nuevas vías que llevan a satisfacciones sustitutivas, y en el curso de estos rodeos pueden ser desexualizadas, aflojándose su vinculación con sus fines instintivos originales. Así, podemos afirmar que muchos de nuestros tan preciados bienes culturales han sido adquiridos a costa de la sexualidad, por la coerción de energías instintivas sexuales.

Hasta ahora siempre hemos destacado que el yo debe su origen y sus más importantes características adquiridas a la relación con el mundo exterior real; en consecuencia, debemos aceptar que las enfermedades del yo, en las cuales vuelve a aproximarse más al ello,

se fundan en la anulación o el aflojamiento de esa relación con el mundo exterior. De acuerdo con esto, la experiencia clínica nos demuestra que la causa desencadenante de una psicosis reside, o bien en que la realidad se ha tornado intolerablemente dolorosa, o bien que los instintos han adquirido extraordinaria exacerbación, cambios que deben surtir idéntico efecto, teniendo en cuenta las exigencias contrarias planteadas al yo por el ello y el mundo exterior. El problema de la psicosis sería simple y transparente, si el desprendimiento del yo frente a la realidad pudiese efectuarse por completo. Pero esto sucede, al parecer, sólo en raros casos, o quizá nunca. Aun en estados que se han apartado de la realidad del mundo exterior en medida tal como una confusión alucinatoria (amencia), nos enteramos, por las comunicaciones que nos suministran los enfermos una vez curados, que en esa ocasión se mantuvo oculta en un rincón de su alma —como suelen expresarlo—, una persona normal que dejaba pasar ante sí la fantasmagoría patológica, como si fuera un observador imparcial. No sé si cabe aceptar que siempre sucede así, pero podría aducir experiencias similares en otras psicosis menos tormentosas. Recuerdo un caso de paranoia crónica en el que, después de cada acceso de celos, un sueño ofrecía al analista la representación correcta y plenamente racional del motivo. Resultaba así la interesante contradicción de que, mientras por lo general adivinamos en los sueños del neurótico los celos ajenos a su vida diurna, en este caso, en un psicótico, los celos, dominantes durante

el día, eran rectificadas por el sueño. Quizá podamos presumir, con carácter general, que el fenómeno presentado por todos los casos semejantes es una *escisión psíquica*. Se han formado dos actitudes psíquicas, en lugar de una sola: la primera, que tiene en cuenta la realidad y es normal; la otra, que separa al yo de la realidad bajo influencia de los instintos. Ambas actitudes subsisten la una junto a la otra. El resultado final dependerá de su fuerza relativa. Si la última tiene o adquiere mayor potencia, quedará establecida con ello la precondition de la psicosis. Si la relación se invierte, se producirá una curación aparente de la enfermedad delirante. Pero en realidad sólo habrá retrocedido al inconsciente, como también se debe colegir a través de numerosas observaciones, que el delirio se encontraba desarrollado durante mucho tiempo, hasta que por fin llegó a irrumpir manifiestamente.

El punto de vista según el cual en todas las psicosis debe postularse una *escisión del yo*, no podría ser acreedor a tanta consideración si no se confirmara también en otros estados más semejantes a las neurosis y, por fin, aun en estas últimas. Por primera vez me convencí de ello en casos de *fetichismo*. Esta anormalidad, que puede incluirse entre las perversiones, se basa, como sabemos, en que el enfermo, casi siempre del sexo masculino, no acepta la falta del pene de la mujer, defecto que le resulta muy desagradable, pues representa la prueba de que su propia castración es posible. Por eso reniega de sus percepciones sensoriales

que le han mostrado la ausencia del pene en los genitales femeninos, y se aferra a la convicción contraria. Pero la percepción renegada no ha dejado de ejercer toda influencia, pues el enfermo no tiene el coraje de afirmar haber visto realmente un pene. En cambio, toma otra cosa, una parte del cuerpo o un objeto, y le confiere el papel del pene que por nada quisiera echar de menos. Por lo común se trata de algo que realmente vio entonces, cuando contemplara los genitales femeninos, o bien de algo que se presta para sustituir simbólicamente al pene. Pero sería injusto calificar de escisión yoica a este mecanismo de formación del fetiche, pues se trata de una formación de compromiso con ayuda del desplazamiento, tal como ya la conocemos en el sueño. Pero nuestras observaciones nos muestran algo más. El fetiche fue creado con el propósito de aniquilar la prueba según la cual la castración sería posible, de modo que permitiera evitar la angustia de castración. Si la mujer poseyera un pene como otros seres vivientes, ya no sería necesario tener que temblar por la conservación del propio pene. Ahora bien: también nos encontramos con fetichistas que han desarrollado la misma angustia de castración que los no fetichistas, reaccionando frente a ella de idéntica manera. En su conducta se expresan, pues, al mismo tiempo dos condiciones previas opuestas. Por un lado, reniegan del hecho de su percepción, según la cual no han visto pene alguno en los genitales femeninos, pero por el otro lado reconocen la falta de pene de la mujer y extraen de ella las conclusiones

correctas. Ambas actitudes subsisten, una junto a la otra, durante la vida entera, sin influirse mutuamente. He aquí lo que puede llamarse *escisión del yo*. Esta circunstancia también nos permite comprender que el fetichismo, con tal frecuencia, sólo esté desarrollado parcialmente. No domina con carácter exclusivo la elección de objeto, sino que deja lugar para una medida más o menos considerable de actitudes sexuales normales, y a veces aun llega a retirarse al desempeño de un papel modesto o a una mera insinuación. Por consiguiente, los fetichistas nunca logran desprender completamente al yo de la realidad del mundo exterior.

No debe creerse que el fetichismo represente un caso excepcional, en lo que a la división del yo se refiere, pues no es más que una condición que permite estudiarla con particular facilidad. Retomemos nuestra indicación de que el yo infantil, bajo el dominio del mundo real, elimina, mediante la denominada represión, las exigencias instintivas inconvenientes. Completémosla ahora con la nueva comprobación de que, en aquella época de la vida, el yo muchas veces se ve en la situación de rechazar una pretensión del mundo exterior que le resulta penosa, cosa que logra mediante la *negación* de las percepciones que le informan de esta exigencia planteada por la realidad. Tales negaciones son muy frecuentes, no sólo entre los fetichistas; cada vez que logramos estudiarlas, resultan ser medidas de alcance parcial, tentativas incompletas para desprenderse de la realidad. El rechazo siempre se

complementa con una aceptación; siempre se establecen dos posiciones antagónicas y mutuamente independientes, que dan por resultado una escisión del yo. El desenlace depende, una vez más, de cuál de ambas posiciones logre adquirir la mayor intensidad.

Los hechos de la escisión yoica que aquí hemos descrito, no son tan novedosos y extraños como parecería a primera vista. En efecto, el que la vida psíquica de la persona, en relación con determinada conducta, presente dos actitudes distintas, opuestas entre sí y mutuamente independientes, responde a un carácter general de las neurosis, sólo que en este caso una de aquéllas pertenece al yo, y la antagónica, estando reprimida, forma parte del ello. La diferencia entre ambos casos es, en esencia, tópica o estructural, y no siempre es fácil decidir ante cuál de ambas posibilidades nos encontramos en un caso determinado. Mas la concordancia importante entre ambos casos reside en esto: cualquier cosa que emprenda el yo en sus tentativas de defensa, ya sea que niegue una parte del mundo exterior real, o bien que pretenda rechazar una exigencia instintiva del mundo exterior, el éxito jamás será pleno y completo. Siempre surgirán dos actitudes antagónicas, de las cuales también la subordinada, la más débil, dará lugar a consecuencias psíquicas. Para finalizar sólo señalaremos cuán poco nos enseñan las percepciones conscientes acerca de todos estos procesos.

CAPÍTULO IX

EL MUNDO INTERIOR

Para comunicar el conocimiento de una simultaneidad compleja, no tenemos otro recurso que la sucesión descriptiva, de modo que todas nuestras representaciones pecan básicamente por su simplificación unilateral, siendo preciso que se las complemente, que se las reestructure y, al mismo tiempo, que se las rectifique.

La noción de un yo que regula las relaciones entre el ello y el mundo exterior; que asume las exigencias instintivas del primero para conducir las a su satisfacción; que recoge percepciones en el segundo, utilizándolas como recuerdos; que, preocupado por su propia conservación, se defiende contra demandas excesivas de ambas partes, guiándose en todas sus decisiones por los consejos de un principio del placer modificado: esta noción sólo rige, en realidad, para el yo hasta el final del primer período infantil (alrededor de los cinco años). Hacia esa época se produce una importante modificación. Una parte del mundo exterior es abandonada, por lo menos parcialmente, como objeto, y en cambio se incorpora al yo (mediante la identificación, es decir, se convierte en elemento del mundo interior). Esta nueva instancia psíquica continúa las funciones que anteriormente desempeñaran aquellos personajes del mundo exterior: observa al yo, le impar-

te órdenes, lo dirige y lo amenaza con castigarlos, tal como lo hicieran los padres, cuya plaza ha venido a ocupar. A esta instancia la llamamos *superyo*, y en sus funciones de juez la sentimos como *conciencia* moral. No deja de ser notable que el superyo muchas veces despliegue una severidad de la cual los padres reales no sentaron precedentes. También es notable que no sólo llame a rendir cuentas al yo por sus hechos cabales, sino también por sus pensamientos e intenciones no realizadas, que parece conocer perfectamente. Recordamos aquí que también el héroe de la leyenda edípica se siente culpable por sus hechos y se somete a un autocastigo, pese a que la imposición del oráculo debería redimirlo de culpa, tanto a nuestro juicio como al suyo propio. El superyo es, en efecto, el heredero del complejo de Edipo y sólo queda establecido una vez eliminado éste. Por consiguiente, su excesivo rigor no se ajusta a un modelo real, sino que corresponde a la intensidad del rechazo dirigido contra la tentación del complejo de Edipo. Quizá haya una vaga sospecha de esta circunstancia en las afirmaciones de filósofos y creyentes, según las cuales el hombre no adquiriría sentido moral por educación o por influencia de la vida en sociedad, sino que se lo inculcaría un ente superior.

Mientras el yo opera en plena conformidad con el superyo, no es fácil discernir las manifestaciones de ambos, pero las tensiones y los alejamientos entre ellos se acusan con gran claridad. El tormento de los remordimientos corresponde exactamente al miedo del niño a perder el amor, miedo que fué sustituido en él por

la instancia moral. Por otra parte, cuando el yo resiste con éxito a la tentación de hacer algo que sería ofensivo para el superyo, se siente elevado en su autoconciencia y reforzado en su orgullo, como si hubiese hecho una valiosa adquisición. De tal manera, el superyo continúa desempeñando ante el yo el papel de un mundo exterior, por más que se haya convertido en parte integrante del mundo interior. Para todas las épocas ulteriores de la vida representará la influencia de la época infantil del individuo, el cuidado, la educación y la dependencia de los padres que rigieron durante la infancia tan prolongada en el hombre por la convivencia familiar. Y con ello no sólo perduran las cualidades personales de esos padres, sino también todo lo que a su vez tuvo alguna influencia determinante sobre ellos, es decir, las tendencias y las demandas del estado social en que viven, las disposiciones y tradiciones de la raza de que proceden. Quien prefiera las formulaciones generales y las distinciones precisas, podrá decir que el mundo exterior, al cual se encuentra expuesto el individuo una vez separado de los padres, representa el poderío del presente; su ello, en cambio, con todas sus tendencias heredadas, representa el pasado orgánico; por fin, el superyo, adquirido más tarde, corresponde ante todo al pasado cultural, que el niño debe, en cierta manera, volver a recorrer en los pocos años de su primera infancia. Sin embargo, tales generalizaciones difícilmente pueden tener vigencia universal. Una parte de las conquistas culturales se sedimenta evidentemente en el ello; mucho de lo que el superyo

trae consigo tiene repercusión en el ello; parte de lo que el niño vivencia por primera vez, tendrá efecto reforzado porque repite una arcaica vivencia filogenética. ("Lo que has heredado de tus padres, adquiérela para poseerlo".) De tal manera, el superyó ocupa algo así como una posición intermedia entre el ello y el mundo exterior: reúne en sí las influencias del presente y del pasado. En el establecimiento del superyo vemos, en cierta manera, un ejemplo de cómo se convierte el presente en el pasado.

SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 16 DE DICIEMBRE DE 1966
EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE
SEBASTIÁN DE AMORRORTU E HIJOS, S. A.,
LUCA 2223, BUENOS AIRES

OBRAS DE PSICOANÁLISIS DEL FONDO PAIDÓS

ESTUDIOS Y TRATADOS

O. Fenichel: Teoría psicoanalítica de las neurosis. — A. Garma: El psicoanálisis. — L. S. Kubie: Psicoanálisis. Aspectos prácticos y teóricos. — A. Tallaferro: Curso básico de psicoanálisis. — C. S. Hall: Compendio de psicología freudiana. — M. Klein y otros: Nuevas direcciones en psicoanálisis. — W. Hollitscher: Introducción al psicoanálisis. — R. P. Knight: Teoría psicoanalítica. — D. Lagache: El psicoanálisis. — M. Klein: Contribuciones al psicoanálisis. — H. Racker: Estudios sobre técnica psicoanalítica. — W. R. D. Fairbairn: Estudio psicoanalítico de la personalidad. — J. Bleger: Psicoanálisis y dialéctica materialista. — S. Rado: Psicoanálisis de la conducta. — R. Fletcher: El instinto en el hombre. — A. Freud: El yo y los mecanismos de defensa. — K. Horney: La personalidad neurótica de nuestro tiempo. — W. Reich: La función del orgasmo. — I. A. Caruso: Psicoanálisis dialéctico. — T. Reik: Treinta años con Freud.

PSICOANÁLISIS APLICADO

K. Abraham: Psicoanálisis clínico. — A. Garma: Psicoanálisis de los sueños. — E. F. Sharpe: El análisis de los sueños. — M. Choisy: Psicoanálisis de la prostitución. — S. Ferenczi: Sexo y psicoanálisis. — K. Friedländer: Psicoanálisis de la delincuencia juvenil. — E. Kris: Psicoanálisis de lo cómico. — H. Racker: Psicoanálisis del espíritu. — R. P. Knight: Psiquiatría psicoanalítica. — K. Abraham: Estudios sobre psicoanálisis y psiquiatría. — P. Schilder y otros: Psiquiatría y psicoanálisis de hoy. — F. Alexander y T. French: Terapéutica psicoanalítica. — F. Alexander, A. A. Brill y otros: Neurosis, sexualidad y psicoanálisis de hoy. — J. C. Flügel: Psicoanálisis de la familia. — F. Alexander y H. Ross: Psiquiatría dinámica. — A. Aberastury: Teoría y técnica del psicoanálisis de niños. — S. Lorand: Técnica del tratamiento psicoanalítico. — F. Dunbar y otros: Medicina psicosomática y psicoanálisis de hoy. — F. Fromm-Reichmann: La psicoterapia y el psicoanálisis. — M. Klein: Relato del psicoanálisis de un niño. — E. Jones y otros: Sociedad, cultura y psicoanálisis de hoy. — M. Carlisky: Psicoanálisis, teatro y cine. — A. Garma: Psicoanálisis del arte ornamental. — E. Kris: Psicoanálisis del arte y del artista. — A. Freud: Introducción al psicoanálisis para educadores. — E. H. Erikson: Infancia y sociedad. — S. Hegeler: Educación sexual infantil.

EDITORIAL PAIDÓS
Buenos Aires